

---

BOGOTÁ, D. E. Enero de 1965

---

Órgano de la Academia



Colombiana de Historia

# BOLETIN DE HISTORIA Y ANTIGÜEDADES

**DIRECTOR:**  
MARIO GERMAN ROMERO

**REDACTORES:**  
ALBERTO MIRAMON  
ROBERTO LIEVANO

---

VOLUMEN LII

NUMERO 603

---

Tarifa Postal Reducida - Licencia número 141 del Ministerio de Comunicaciones.

# T A B L A

## A LA MEMORIA DE ENRIQUE OTERO D' COSTA

	Páginas
I—Acuerdo Número 5 de 1964 .....	3
II—Don Enrique Otero D'Costa (Bibliografía Académica) .....	5
III— <i>Horacio Rodríguez Plata</i> .—Homenaje a un ilustre historiador. Palabras en el entierro de Enrique Otero D'Costa .....	29
SESION PUBLICA DE LA ACADEMIA EN MEMORIA DEL HISTORIADOR ENRIQUE OTERO D' COSTA. (26 de enero de 1965).	
IV— <i>Alberto Miramón</i> .—Elogio de Enrique Otero D'Costa .....	33
V— <i>Alonso Otero de la Espriella</i> .—Palabras en la entrega a la Academia de la Gran Cruz de Boyacá, con que el Gobierno Nacional honró al historiador Otero D'Costa .....	41
HOMENAJES OFICIALES	
VI—Proyecto de Ley del Senado de la República por la cual se honra la memoria del historiador don Enrique Otero D'Costa .....	43
VII—Proposición de la Asamblea de Santander .....	48
VIII— NOTAS DE CONDOLENCIA	
De la Real Academia de Historia de Madrid .....	51
Del Colegio Máximo de las Academias de Colombia .....	52
De la Academia Antioqueña de Historia .....	52
De la Academia Boyacense de Historia .....	53
De la Academia de Historia de Santander .....	54
Del Centro de Historia del Norte de Santander .....	55
Del Centro de Historia del Socorro .....	56
De la Academia Colombiana .....	57
Del Comité Nacional de Cafeteros .....	58
De la Junta Directiva del Banco del Comercio .....	59
Del Académico Correspondiente don Carlos Felice Cardot .....	59
IX—Comentarios de la Prensa .....	61
X—Una página de Enrique Otero D'Costa: LA MISA DEL GALLO.....	75

"En las obras o artículos que la Academia publique, en volumen o en el *Boletín*, la responsabilidad de las tesis u opiniones que allí se sostengan, serán tan sólo de los respectivos autores. La del Instituto se limita a considerar que esos libros o artículos merecen ser publicados. Esta declaración aparecerá en cada número del *Boletín* y en los libros o folletos que la Academia publique.

(Artículo 38. Capítulo VIII de los Estatutos).

ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA

CANJE  
BOLETIN DE  
HISTORIA Y ANTIGÜEDADES

VOLUMEN LII



1965

Editorial KELLY  
Bogotá, D. E.



ENRIQUE OTERO D'COSTA

(Oleo de Domingo Moreno Otero)

# Boletín de Historia y Antigüedades

(EDICION ORDENADA POR EL DECRETO NUMERO 1169 DE 1948)

ÓRGANO DE LA ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA

Director: MARIO GERMÁN ROMERO

Redactores: ALBERTO MIRAMÓN - ROBERTO LIÉVANO

---

Volumen LII.

Bogotá, D. E. Enero de 1965.

Número 603

---

## ACUERDO NUMERO 5 DE 1964

(Septiembre 1º)

LA ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA

CONSIDERANDO:

- 1º - Que el día 25 de agosto falleció en Bogotá el señor don Enrique Otero D'Costa.
- 2º - Que el señor Otero D'Costa ingresó a la Academia como correspondiente el 1º de marzo de 1917, ascendió a numerario el 1º de abril de 1924 y en este mismo año ocupó la Vicepresidencia.
- 3º - Que rigió con acierto los destinos de la Corporación como Presidente en los períodos académicos de 1925-1926 y de 1939-1940.
- 4º - Que fue Director del BOLETÍN DE HISTORIA Y ANTIGÜEDADES de 1928 a 1934.
- 5º - Que Otero D'Costa contribuyó con muchos, originales y excelentes libros y con numerosos artículos al esclarecimiento y divulgación de la historia colombiana, de la cual tenía un dominio completo.
- 6º - Que es deber de la Academia honrar a quienes tan bien la sirvieron y la aprestigiaron,

## ACUERDA:

- 1º - Deplorar la desaparición del benemérito historiador don Enrique Otero D'Costa y presentar su memoria y su ejemplo como dignos de imitación por todos los que pertenezcan al Instituto.
- 2º - Celebrar una sesión pública extraordinaria en homenaje del eximio historiador fallecido, en la cual llevará la palabra un académico nombrado por la Presidencia.
- 3º - Dedicar un número especial del **BOLETÍN DE HISTORIA Y ANTIGÜEDADES** a quien fuera durante tanto tiempo su competente Director.
- 4º - Dar el nombre de Sala Enrique Otero D'Costa al salón de lectura de la Biblioteca, donde ahora se halla su retrato, el cual se conservará ahí con veneración y respeto. Esta dedicación se hará el mismo día de la sesión extraordinaria de homenaje.
- 5º - La Academia tomará especial empeño en que se haga la edición completa de las obras históricas de Otero D'Costa.

Este Acuerdo será comunicado a la familia del académico desaparecido por nota de la Secretaría.

Dado en el salón de sesiones de la Corporación, el día 1º de septiembre de 1964.

El Presidente, General **JULIO LONDOÑO**.

El Secretario, *Oswaldo Díaz Díaz*.

## DON ENRIQUE OTERO D' COSTA (\*)

(E. DE SALDANHA)

Nacido en Bucaramanga el 26 de enero de 1883 (1), cursaba el segundo año de literatura en el Colegio de San Pedro Claver, de Bucaramanga, la bella ciudad de los jardines, cuando estalló la guerra de los mil días (1899-1902). Malograda su carrera, sus inquietudes lo llevaron al periodismo y fundó LA JUVENTUD, travieso semanario cuyo primer número vio la luz pública en dicha ciudad el 18 de marzo de 1899, y en donde dio rienda suelta a las ideas que produjeron su fracaso de futuro bachiller claveriano.

Fue entonces cuando, tentado por sus ideales y por el belicismo de la época, tomó armas al lado de los revolucionarios. Bajo las rojas banderas, dice don Carlos Eastman Díaz, hizo las crudas campañas de aquella guerra fratricida, coronando sus ascensos por grado riguroso, desde soldado raso hasta teniente de caballería, y conquistando honores, como el de haber sido Ayudante de campo del señor General Benjamín Herrera, jefe del ejército del Norte. Combatió en nueve batallas y en multitud de encuentros guerrilleros (2).

---

(\*) Del libro "Bibliografía Académica".

(1) Fueron sus padres el doctor don Pedro Elías Otero, insigne pedagogo colombiano, y doña Ester D'Costa, de esclarecidas familias santandereanas.

(2) IV CENTENARIO DE LA FUNDACION DE SANTA ANA DE LOS CABALLEROS DE ANSERMA, página 41, Manizales, Imprenta del Departamento, 1939.

Finalizada aquella sangrienta lucha con el tratado de paz firmado a bordo del barco americano "Wisconsin" (21 de noviembre de 1902), Otero D'Costa volvió a su hogar, en donde halló a su familia poco menos que arruinada, y no encontrando en su tierra nativa horizontes propicios para el trabajo, emigró a la Costa Atlántica, en donde tomó servicio en una empresa naviera de Barranquilla con el cargo de contador de buque. En 1906, cuando apenas contaba veintitrés años, fue nombrado apoderado general de los señores Pineda López & Compañía, potente empresa naviera de Cartagena, en donde permaneció por más de diez años. En esa ciudad fundó su hogar.

Después, en un viaje de placer y de merecido descanso por las principales ciudades del Viejo Mundo, detúvose por algunos meses en España, en donde se dedicó de lleno a los estudios históricos de crítica, rectificación y análisis. Fue allí en donde obtuvo la valiosísima colección de copias de documentos, muchos de los cuales vieron la luz pública en el BOLETIN HISTORIAL, de Cartagena, que él mismo fundara a su regreso a la ciudad heroica. Pocos meses después fue nombrado miembro de número del Centro de Historia de Cartagena de Indias (13 de mayo de 1915), del cual fue, por muchos años, su Presidente.

En 1916 marchó a Manizales a establecer una nueva sucursal de la casa "Pineda López & Compañía" y con ella las agencias del Banco Mercantil Americano y de la Compañía de Ultramar, S. A., una de las más grandes casas exportadoras de café en aquellos tiempos. Por espacio de ocho años residió en la capital caldense, vinculándose estrechamente a la vida de esa región. Allí fundó y dirigió, del 1º de agosto de 1918 al 30 de noviembre de 1923, el ARCHIVO HISTORIAL, órgano del Centro de Estudios Históricos de Manizales, que tanto prestigio tuvo en aquel entonces. Allí fue presidente de la Cámara de Comercio y miembro activísimo de la Sociedad de Mejoras Públicas, entidad que, en pocos años, transformó el antiguo poblado en urbe moderna y acogedora, la que acaba de celebrar el primer centenario de su fundación.

Triunfante el liberalismo bogotano en las elecciones para Concejales en 1923, fue llamado el señor Otero D'Costa por el General Benjamín Herrera, su antiguo jefe, a desempeñar

el cargo de Tesorero Municipal de Bogotá, honor que aceptó, trasladándose con su familia a esta capital, en donde se hizo cargo de él el 1º de enero de 1924. Fue entonces cuando conocí al distinguido colega, honor de la historiografía colombiana.

Al partir para dicha ciudad el señor Otero D'Costa, don Manuel Jaramillo Isaza, a quien se encargó interinamente de la dirección del "Archivo Historial", publicó la siguiente nota en la que acertadamente realza la labor de tan eminente historiador:

"Nombrado Tesorero de Rentas de la capital de la República, partió para Bogotá el señor Otero D'Costa. Este distinguido amigo y aventajado historiógrafo nos ha hecho el encargo de dar la última mano al presente número del "Archivo Historial", último del tercero y seguramente el último que saldrá en mucho tiempo de esta publicación, pues la partida de Otero D'Costa será la muerte de ella; probablemente no habrá aquí quién tenga sus aficiones y se resuelva, patriótica pero onerosamente, a ponerse al frente. Por tanto, hoy queremos dejar constancia de que al señor Otero D'Costa se debe la fundación y sostenimiento de nuestro importante boletín, apoyado por algunos miembros del Centro de Estudios Históricos de esta ciudad; que él fue su principal colaborador y que la historia de Manizales y la del Departamento deben, junto con don José María Restrepo Maya, el doctor Emilio Robledo y el Presbítero Gonzalo Uribe Villegas, cura de Riosucio, especialmente, sus mejores páginas, que los ha hecho dignos de la gratitud pública. Con la partida del señor Otero D'Costa pierde, pues, nuestra historia regional un factor irremplazable".

Muerto el señor General Herrera (29 de febrero de 1925), el señor Otero D'Costa presentó renuncia irrevocable del cargo de Tesorero Municipal de Bogotá, para volver a sus viejas actividades comerciales y a su vida independiente. Murió el 25 de agosto de 1964.

#### CARGOS QUE EJERCIO

Tesorero Municipal de Bogotá, 1924-1925;  
Miembro de la Cámara de Representantes por la circuns-

cripción electoral de Bucaramanga (1935-1942), de la cual fue Presidente;

Regidor de Bogotá (Suplente), 1º de noviembre de 1931 a 31 de octubre de 1933;

Miembro activo de la Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá (1938);

Agente Fiscal de Santander del Sur;

Miembro del Consejo Administrativo de los Ferrocarriles Nacionales y del Comité Nacional de Cafeteros;

Miembro de la Junta Directiva de la Cámara de Comercio de Bogotá;

Profesor de Historia de Colombia en la Escuela Militar (Decreto número 440 de 23 de febrero de 1939 del Presidente de la República de Colombia);

Presidente del II Congreso de Historia y Geografía, reunido en Bogotá con motivo del primer centenario de la muerte del señor General don Francisco de Paula Santander (mayo de 1940), etc., etc.

#### INSTITUCIONES A QUE PERTENECIO

Miembro de número del Centro de Historia de Cartagena de Indias, mayo 13 de 1915;

Miembro correspondiente de la Academia Nacional de Historia, marzo 1º de 1917 (1);

Miembro honorario del Centro de Historia de Santander, hoy Academia, septiembre de 1929;

Miembro de número de la Academia Colombiana de Historia, en reemplazo del señor doctor don José María Rivas Groot (1924), entidad que presidió en dos ocasiones: 12 de octubre de 1925 a 12 de octubre de 1926 y 12 de octubre de 1939 al 12 de octubre de 1940. Fue director del BOLETIN DE HISTORIA Y ANTIGÜEDADES, órgano de dicha Institución;

Miembro honorario del Centro de Estudios Históricos de Pasto;

---

(1) Véase el informe que, sobre su candidatura, rindieron a la Academia Colombiana los doctores Pedro María Ibáñez y Roberto Cortázar. ("Boletín de Historia y Antigüedades", número 128 de junio de 1927, Año XI, páginas 511 y 512, Bogotá).

Miembro correspondiente de la Academia Colombiana, correspondiente de la Española;

Miembro correspondiente de la Academia Antioqueña de Historia;

Miembro correspondiente de la Academia Nacional de Historia de Buenos Aires (República Argentina);

Académico correspondiente de la Real Academia de Historia de Madrid (España), noviembre 3 de 1950;

Perteneció, además, a los Centros de Historia de Barranquilla, Mompós, Manizales, Tunja, etc., etc.

#### CONDECORACIONES

Gran Cruz de la Orden de Boyacá.

#### LIBROS

1.—CRONICON SOLARIEGO (¹).

Tomo I. 445 páginas de 22 x 16 cms. Manizales, Imprenta del Departamento, mcmxxii.

2.—VIDA DEL ALMIRANTE JOSE PADILLA, 1778-1828. 83 páginas. Manizales, Imprenta del Departamento, 1921.

3.—DIANAS TRISTES. Opúsculo de 80 páginas que publicó en Barranquilla en 1905, dedicándolo a su jefe el señor General Benjamín Herrera, y en el cual nos relata los recuerdos de la guerra de los mil días.

4.—THE TOURIST GUIDE OF CARTAGENA DE INDIAS. Cartagena, 1914.

5.—THE CARTAGENA ROUTE. London, 1916.

6.—LA BANDERA NACIONAL.

Folleto en el cual se estudia la historia de nuestra insignia patria, publicado en Manizales en 1918.

---

(¹) En él se describe la historia de Bucaramanga y comarcas aledañas desde 1531 hasta 1631, obra basada en documentos inéditos del siglo XVI, existentes en nuestro riquísimo Archivo Nacional de Colombia.

## 7.—GONZALO JIMENEZ DE QUESADA.

334 páginas de 17.5 x 12 cms. Bogotá, Editorial "Cromos", 1931.

## 8.—MONTAÑAS DE SANTANDER.

Ensayos de demosophia y episodios guerrilleros de la revolución de 1899-1903.

## 9.—COMENTOS CRITICOS SOBRE LA FUNDACION DE CARTAGENA DE INDIAS.

(Biblioteca de Historia Nacional, Volumen XLVIII), 471 páginas de 24 x 16.5 cms. Bogotá, Imprenta de "La Luz", MCMXXXIII.

## 10.—CATORCE PROSISTAS AMENOS.

260 páginas 2 h. 25 cms. (Biblioteca Aldeana de Colombia), Bogotá, Imprenta del Departamento, 1935.

## 11.—LEYENDAS.

146 páginas, 20.5 cms. Bogotá, Editorial "Minerva", 1936.

## 12.—ARCHIVO SANTANDER.

Publicación ordenada por el Ministerio de Educación Nacional, en colaboración del doctor Luis Augusto Cuervo.

Volumen I (1792-1818). 351 páginas. Bogotá, Editorial "Cromos", 1940.

## ARTICULOS

## 1.—CARTAS DE CALDAS.

"Boletín de Historia y Antigüedades", número 84 de mayo de 1912, Año VII, páginas 772 y 773, Bogotá.

## 2.—SOBRE ALGUNAS CARTAS DE CALDAS.

"Boletín de Historia y Antigüedades", número 90 de noviembre de 1912, Año VIII, páginas 350 a 353, Bogotá.

## 3.—FUNDACION DE BUCARAMANGA.

"Boletín de Historia y Antigüedades", número 100 de enero de 1914, Año IX, páginas 204 a 210, Bogotá.

## 4.—FUSILAMIENTO DE LOS NUEVE MARTIRES DE CARTAGENA.

"Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario", número 115 de 1º de junio de 1916, Volumen XII, páginas 270 a 279, Bogotá.

5.—QUE TRATA SOBRE LA POBLACION DE LA MUY NOBLE Y MUY LEAL CIUDAD DE CARTHAGENA DE INDIAS.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, número 122 de diciembre de 1916, Año XI, páginas 97 a 103, Bogotá.

6.—DETALLES DESCONOCIDOS DE LA POLA.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, número 133 de febrero de 1917, Año XII, páginas 15 a 23, Bogotá.

7.—UN PLEITO DE LA CONQUISTA NEOGRANADINA.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, número 130 de agosto de 1917, Año XI, páginas 610 a 612, Bogotá.

8.—EL CASTELLANO DE SAN JUAN.

“Cromos”, número 102 del sábado 16 de febrero de 1918, Volumen v, páginas 67 y 68, Bogotá.

9.—BANDERA DE CARTAGENA.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, número 135 de junio de 1918, Año XII, páginas 130 a 136, Bogotá.

10.—GOBIERNO DEL LIBERTADOR EN 1816.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, número 135 de junio de 1918, Año XII, páginas 138 a 145, Bogotá.

11.—FILOLOGIA HISTORICA.

“Archivo Historial”, número 1º de agosto de 1918, Año I, páginas 11 a 13, Manizales.

12.—ORIGENES DE TUNJA.

A Rufino Gutiérrez.

“Archivo Historial”, número 3 de octubre de 1918, Año I, páginas 115 a 121, Manizales.

13.—ESGEMATOLOGIA CONQUISTADORA Y COLONIAL.

“Archivo Historial”, número 5 de diciembre de 1918, Tomo I, páginas 205 a 213, Manizales.

14.—BANDERA DE CARTAGENA.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, número 136 de diciembre de 1918, Año XII, páginas 247 a 249, Bogotá.

15.—HERALDICA Y FILOLOGIA.

“Archivo Historial”, número 7 de febrero de 1919, Año I, páginas 314 a 319, Manizales.

16.—REPORTAJE A DOS FUNDADORES DE MANIZALES.

“Archivo Historial”, números 8 y 9 de marzo y abril de 1919, Año I, páginas 386 a 392, Manizales.

## 17.—LA MONARQUIA EN COLOMBIA.

“Archivo Historial”, número 10 de mayo de 1919, Año I, páginas 477 a 482, Manizales.

## 18.—DON FRANCISCO GUILLEN CHAPARRO.

“Archivo Historial”, número 10 de mayo de 1919, Año I, páginas 488 a 490, Manizales.

## 19.—DON FRANCISCO SILVESTRE.

“Archivo Historial”, número 12 de julio de 1919, Año I, páginas 547 a 549, Manizales.

## 20.—PEDRO MARIA IBAÑEZ.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, número 142 de diciembre de 1919, Año XII, páginas 599 a 602, Bogotá.

## 21.—DOCTOR EMILIO ROBLEDO.

“Archivo Historial”, número 23 de octubre de 1920, Año II, páginas 447 a 452, Manizales.

## 22.—VIDA DEL ALMIRANTE JOSE PADILLA.

Ibid., números 25 y 26 de marzo de 1921, Año III, páginas 1 a 82, Manizales.

## 23.—IN ILLO TEMPORE.

“Cromos”, número 253 del sábado 16 de abril de 1921, Volumen XI, páginas 216 y 217.

## 24.—INDEPENDENCIA DE MOMPOS.

“Archivo Historial”, números 27 y 28 de abril de 1921, Año III, páginas 88 y 89, Manizales.

## 25.—FUNDACION DE MANIZALES.

“Archivo Historial”, números 27 y 28 de abril de 1921, Año III, páginas 102 a 107, Manizales.

## 26.—EL RUIZ.

Ibid., números 29 y 30 de mayo de 1921, Año III, páginas 127 a 130, Manizales.

## 27.—FRENTE AL SOL.

“Cromos”, número 305 del sábado 13 de mayo de 1922, Volumen XIII, páginas 264 a 270, Bogotá.

## 28.—LOS CONQUISTADORES DEL IMPERIO CHIBCHA.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, número 159 de agosto de 1922, Volumen XIV, páginas 177 a 180, Bogotá.

## 29.—NO HAY DEUDA QUE NO SE PAGUE.

“Santafé y Bogotá”, número 12 de diciembre de 1923, Año I, Tomo II, páginas 358 a 362, Bogotá.

## 30.—SANGRE DE HIDALGOS.

“Cromos”, número 422 del sábado 13 de septiembre de

1924, Volumen xviii, páginas 186 y 187, Bogotá. "Santafé y Bogotá", número 21 de septiembre de 1924, Año ii, Tomo iv, páginas 163 a 167, Bogotá.

31.—LA MISA DE GALLO.

"Cromos", número 436 del sábado 20 de diciembre de 1924, Volumen xix, páginas 20 y 21, Bogotá.

32.—LEYENDAS HISTORICAS.

Nota bibliográfica sobre el libro que, con este título, publicó don Manuel José Forero.

"Boletín de Historia y Antigüedades", número 166 de enero de 1925, Año xiv, páginas 631 a 633, Bogotá.

33.—APUNTES SOBRE DEMOSOFIA COLOMBIANA.

A José María Restrepo Sáenz.

"Santafé y Bogotá", número 30 de junio de 1925, Año iii, Tomo v, páginas 297 a 307, Bogotá.

34.—APUNTES HISTORIALES, POR LUIS AUGUSTO CUERVO.

"Santafé y Bogotá", número 33 de septiembre de 1925, Año iii, Tomo vi, páginas 137 a 139, Bogotá.

35.—LEVANTAMIENTO EN VELEZ. (1740).

"Boletín de Historia y Antigüedades", número 170 de diciembre de 1925, Volumen xv, páginas 82 a 87, Bogotá.

36.—EL CORONEL SANTIAGO FRASER.

A Isolina Otero Fraser de Ogliastri.

"Boletín de Historia y Antigüedades", número 176 de junio de 1926, Volumen xv, páginas 475 a 483, Bogotá.

37.—BIOGRAFICA DISERTACION SOBRE DON BERNARDO DE VARGAS MACHUCA.

"Boletín de Historia y Antigüedades", número 181 de enero de 1927, Volumen xvi, páginas 37 a 58, Bogotá.

38.—PROLOQUIO. Introducción al libro "El Ocaso de Bolívar", por José Ignacio Méndez.

Lib. cit., páginas iii a viii. Santa Marta, Mogollón, MCMXXVII.

39.—EL MAESTRO MURILLO Y LA MUSICA NACIONAL.

"El Gráfico", número 908 del sábado 8 de diciembre de 1928, Año xvii, páginas 1.690 a 1.692, Bogotá.

40.—CUENTOS DE NAVIDAD. LAS ABEJITAS DE ÑOR PABON.

Ibid., número 910 del sábado 22 de diciembre de 1928, Año xvii, páginas 1.792 a 1.794, Bogotá.

41.—EL MARQUES DE SAN JORGE Y LA REVOLUCION DE LOS COMUNEROS.

"Boletín de Historia y Antigüedades", número 198 de enero de 1929, Volumen xvii, páginas 361 a 366, Bogotá.

42.—LA REVOLUCION DE CASANARE EN 1809.

"Boletín de Historia y Antigüedades", número 201 de abril de 1929, Volumen xvii, páginas 530 a 546, Bogotá.

43.—EL TENIENTE CORONEL FELICIANO OTERO.

Ibid., número 207 de marzo de 1930, Volumen xviii, páginas 265 a 269, Bogotá.

44.—DIARIO DESCONOCIDO DEL 20 DE JULIO.

Ibid., número 209 de mayo de 1930, Volumen xviii, páginas 399 a 414, Bogotá.

45.—DEPORTES INDIGENAS.

"Cromos", número 785 del sábado 24 de octubre de 1931, Volumen xxxii, página 18, Bogotá.

46.—FRAY GREGORIO GUIRAL Y LAS OBRAS DE TALLA DE LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO.

Ibid., número 810 del sábado 23 de abril de 1932, Volumen xxxiii, páginas 6 y 7, Bogotá.

47.—ARMONICA VIDA DEL R. P. DON ELOY DE VALENZUELA. (Conclusión).

"Estudio", número 11 de julio de 1932, Año ii, páginas 282 a 302, Bogotá.

48.—PEDRO FERMIN DE VARGAS.

"El Diario Nacional", número 5.983 del sábado 23 de julio de 1932, Año xviii, Bogotá.

49.—LA TUMBA DE QUESADA.

"Registro Municipal", número 15 de 15 de agosto de 1933 (Cuarta época), Año liii, páginas 449 y 450, Bogotá.

50.—SOBRE LA RESEÑA HISTORICA DE LA MINERIA EN SANTANDER.

"Estudio", números 28 y 29 de enero y febrero de 1934, Año iii, páginas 153 a 158, Bogotá.

51.—MUERTE Y ENTERRAMIENTO DE SEBASTIAN DE BELALCAZAR.

"Boletín de Historia y Antigüedades", números 239 y 240 de abril y mayo de 1934, Volumen xxi, páginas 245 a 251, Bogotá.

52.—LA HISTORIA DE VENEZUELA Y NUEVO REINO DE GRANADA POR FRAY PEDRO DE AGUADO.

Ibid., número 244 de septiembre de 1934, Volumen XXI, páginas 457 a 478, Bogotá.

53.—PEDRO DE MERCADO.

"Gaceta Municipal", órgano del Concejo de Quito, número 79 de octubre-diciembre de 1934, Año XIX, páginas 46 a 48, Bogotá.

54.—BELALCAZAR NO FUE EL FUNDADOR DE PASTO.

"Boletín de Estudios Históricos", números 66 y 67 de 30 de abril de 1935, Volumen VI, páginas 157 a 168, Pasto.

55.—FUNDACION DE PASTO.

Belalcázar emprende su primera expedición a "El Dorado". Fundaciones de Cali y Popayán.

Ibid., números 69 a 72 de 12 de octubre de 1935, Volumen VI, páginas 259 a 292, Pasto.

56.—MI CAPITAN QUINTIN GONZALEZ. EN LA TROCHA DEL LEBRIJA. NOCHEBUENA RURAL.

Biblioteca Aldeana de Colombia, CATORCE PROSISTAS AMENOS, páginas 118 a 134, Bogotá, Imprenta del Departamento, 1935.

57.—DESCUBRIMIENTO DE BARRANCABERMEJA.

"El Tiempo", número de 30 de enero de 1936, Año XXVI, (Sección segunda), Bogotá. "Estudio", números 47 a 51 de mayo de 1936, Año V, páginas 48 a 55, Bucaramanga.

58.—LORENZO DE ALDANA FUNDA LA CIUDAD DE PASTO.

"Boletín de Estudios Históricos", números 75 a 77 de mayo de 1936, Volumen VII, páginas 65 a 104, Pasto.

59.—PROLOGUILLO <sup>(1)</sup>.

"Revista del Archivo Nacional", números 8 y 9 de agosto y septiembre de 1936, Año I, páginas 24 a 26, Bogotá.

60.—JOSE MARIA OBANDO.

"Casa Liberal Nacional", 4º y 5º cuadernos de divulgación ideológica, páginas 128 a 136 y 163 a 167, Bogotá, Talleres de "El Diario Nacional". (Sin fecha).

---

(1) Introducción a los "Apuntamientos sobre la Campaña de 1819", por don Francisco Mariño Soler, que vieron la luz pública en el número 43 del "Repertorio Boyacense", órgano de la Academia Boyacense de Historia (julio de 1917).

61.—BARRANCABERMEJA, UN PEDAZO DE HISTORIA NACIONAL.

“El Tiempo”, de 31 de diciembre de 1936 (edición especial de Año Nuevo), segunda sección, página 6, Bogotá.

62.—FUNDACION DE PASTO.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, número 284 de junio de 1938, Volumen xxv, páginas 386 a 392, Bogotá.

63.—VINDICACION DEL HISTORIADOR AGUADO.

“Voz Franciscana”, número 156 de octubre de 1938, páginas 306 a 310, Bogotá.

64.—ORIGENES DE TUNJA.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, número 298 de agosto de 1939, Volumen xxvi, páginas 539 a 546, Bogotá.

65.—ETIMOLOGIA DE BUCARAMANGA.

“Estudio”, números 94 a 96 de octubre a diciembre de 1939, Año VIII, páginas 343 a 351, Bucaramanga.

66.—RESEÑA HISTORICA SOBRE LA LITERATURA BUMANGUESA.

Ibid., números 108 a 111 de abril de 1941, Año x, páginas 37 a 41, Bucaramanga.

67.—ESCUDO DE ARMAS DE BUCARAMANGA.

Ibid., números 112 a 114 de 31 de julio de 1941, Año x, páginas 91 y 92, Bucaramanga.

68.—LOS FASTOS DE BUCARAMANGA. HISTORIA DE LA CIUDAD Y DE SU GENTE.

“El Tiempo”, número 10.856 del viernes 12 de diciembre de 1941, Año xxxi, (Sección primera, página 4), Bogotá.

69.—SOBRE LA FUNDACION DE IBAGUE.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, números 330 y 331 de abril y mayo de 1942, Volumen xxix, páginas 346 a 358, Bogotá. Archivo Nacional de Colombia, SAN BONIFACIO DE IBAGUÉ DEL VALLE DE LAS LANZAS, páginas v a xvi, Bogotá, Editorial “Minerva”, 1952.

70.—EL PRESIDENTE SANTOS Y LA CULTURA PATRIA.

“El Tiempo”, número 11.092 del viernes 7 de agosto de 1942, (Segunda sección, página 4), Año xxxii, Bogotá.

71.—JOSE MARIA OBANDO.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, números 344 y 345 de junio y julio de 1943, Volumen xxx, páginas 592 a 602, Bogotá.

## 72.—MUSEO EPIGRAFICO DE LA ACADEMIA.

Ibid., número 349 de noviembre de 1943, Volumen xxx, páginas 1.084 a 1.095, Bogotá.

## 73.—NOTICIAS BIBLIOGRAFICAS RELATIVAS A OBRAS ESCRITAS POR AUTORES INGLESES SOBRE HISTORIA Y VIAJES POR COLOMBIA.

Ibid., número 347 y 348 de septiembre y octubre de 1943, Volumen xxx, páginas 848 a 858, Bogotá.

## 74.—EL CONGRESO DE 1824.

Ibid., números 355 y 356 de mayo y junio de 1944, Volumen xxxi, páginas 454 a 471, Bogotá. Tomado del prólogo al libro CONGRESO DE 1824 (Biblioteca de Historia Nacional, Volumen xlvi), páginas iii a xxiii, Bogotá, Imprenta Nacional.

## 75.—FUSILAMIENTO DEL OFICIAL REALISTA DON CARLOS FERRER Y XIQUES.

"Boletín de Historia y Antigüedades", números 355 y 356 de mayo y junio de 1944, Volumen xxxi, páginas 507 a 514, Bogotá.

## 76.—FUNDACION Y PROCLAMACION DE LA INDEPENDENCIA DE LA VILLA DE SANTA CRUZ DE MOMPOS.

"Boletín de Historia y Antigüedades", números 361 y 362 de noviembre y diciembre de 1944, Volumen xxxi, páginas 1.143 a 1.146, Bogotá.

## 77.—GOBERNADORES DE ANTIOQUIA, 1579-1819, POR JOSE MARIA RESTREPO SAENZ.

"Boletín de Historia y Antigüedades", números 363 y 364 de enero y febrero de 1945, Volumen xxxii, páginas 169 y 170, Bogotá.

## 78.—EXORDIO.

Introducción al libro "Vida del Mariscal Jorge Robledo", por Emilio Robledo.

Ob. cit., páginas iii a xv, Bogotá, Editorial "A. B. C.", 1945.

## 79.—PATRIA, PATRIA.

"El Tiempo", número 12.352 del domingo 27 de enero de 1946, Año xxxv, página 10, Bogotá.

## 80.—DIARIO VIAJERO DEL PRINCIPE DE SANTO BUONO, TRIGESIMO PRIMER VIRREY DEL PERU.

"Boletín de Historia y Antigüedades", números 377 a 379 de marzo, abril y mayo de 1946, Volumen xxxiii, páginas 139 a 172, Bogotá.

81.—EL PATIO DE LAS BRUJAS Y ALGUNOS DUENDES.

(Orígenes de un cuento popular).

“Revista de Indias”, número 95 de enero de 1947, páginas 229 a 253, Bogotá.

82.—GABRIEL GONZALEZ.

“El Tiempo”, número 12.777 del domingo 30 de marzo de 1947, Año xxxvii, página 4, Bogotá.

83.—SOBRE LAS PLACAS DE MARMOL QUE SE HAN DE COLOCAR EN LA QUINTA DE SAN PEDRO ALEJANDRINO.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, números 399 a 401 de enero a marzo de 1948, Volumen xxxv, páginas 107 a 129, Bogotá.

84.—¿DONDE NACIO JIMENEZ DE QUESADA?

“Boletín de Historia y Antigüedades”, números 404 a 406 de junio a agosto de 1948, Volumen xxxv, páginas 442 a 445, Bogotá.

85.—MESTIZAJES DEL CASTELLANO EN COLOMBIA.

“Boletín del Instituto Caro y Cuervo”, número 19 de enero a abril de 1950, Año vi, páginas 15 a 80, Bogotá.

86.—PAUCILOQUIUM.

“Prólogo al libro “Primer libro de actas del Cabildo de la ciudad de Pamplona en el Nuevo Reino de Granada, 1552-1561”.

Lib. cit., (Biblioteca de Historia Nacional, Vol. LXXXII), páginas vii a xv, Bogotá, Editorial “Pax”, 1950.

87.—NOTAS BIBLIOGRAFICAS.

“Datos histórico-culturales sobre las tribus de la antigua Gobernación de Santa Marta”, por Gerardo Reichel Dolmattof. “Refranero Colombiano”, por Luis Alberto Acuña. “Folklore Nacional”, por Francisco M. Ospina.

“Revista de Indias”, número 45 de julio a septiembre de 1951, Año xi, páginas 568 a 570, Madrid (España).

88.—BIOGRAFICA DISERTACION SOBRE EL CAPITAN DON BERNARDO DE VARGAS MACHUCA.

Ibid., número 47 de enero a marzo de 1952, Año xii, páginas 49 a 79, Madrid (España).

89.—Notas bibliográficas sobre EL ALMIRANTE BRION e HISTORIA DOCUMENTAL DEL CHOCO.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, números 471 y 472, enero y febrero de 1954, páginas 127 y 128, Vol. xli.

90.—MEMENTO. (Luis Augusto Cuervo).

“Boletín de Historia y Antigüedades”, número 475, mayo de 1954, Volumen lxi, páginas 257 a 261.

91.—EL ADELANTADO PASCUAL DE ANDAGOYA.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, números 481 y 482, noviembre y diciembre de 1954, Volumen xli, páginas 334 a 373.

92.—ORIGENES DE LA GOBERNACION DE SAN JUAN.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, números 485 y 486, marzo y abril de 1955, Volumen xlii, páginas 208 a 251.

93.—JUAN MANUEL ARRUBLA.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, números 487 y 488, mayo y junio de 1955, Volumen xlii, páginas 257 y 258.

94.—Estudio crítico sobre la RELACION DIRIGIDA AL REY POR EL ADELANTADO PASCUAL DE ANDAGOYA.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, números 487 y 488, mayo y junio de 1955, Volumen xlii, páginas 376 a 387.

95.—IGNACIO RIVAS PUTNAM.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, números 491 y 492, septiembre y octubre de 1955, Volumen xlii, páginas 513 a 515.

96.—R. P. PEDRO DE MERCADO, s. j.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, números 504 a 506, octubre a diciembre de 1956, Volumen xliii, páginas 639 a 642.

97.—PEDRO NUÑEZ DEL AGUILA, AUTOR DEL “COLOQUIO DE LOS OCIOSOS”.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, números 531 a 533, enero a marzo de 1959, Volumen xlvi, páginas 3 a 11.

98.—BIOGRAFICA DISERTACION SOBRE EL CAPITAN DON BERNARDO DE VARGAS MACHUCA.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, números 537 a 539, julio a septiembre de 1959, Volumen xlvi, páginas 314 a 350.

99.—LA SUCESION DE PRELADOS Y JUECES SECULARES DEL NUEVO REINO DE GRANADA, COMPUESTA POR EL CLERIGO ALONSO GARZON DE TAHUSTE.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, números 547 y 548, mayo y junio de 1960, Volumen XLVII, páginas 344 a 351.

100.—JUAN SUAREZ DE MENDOZA.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, números 547 y 548, mayo y junio de 1960, Volumen XLVII, páginas 351 y 352.

### INFORMES

1.—Sobre el libro LEYENDAS HISTORICAS DE SANTAFE Y BOGOTA, por don Manuel José Forero. Junio 24 de 1924.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, número 166 de enero de 1925, Volumen XIV, páginas 631 a 633, Bogotá.

2.—Sobre el valor histórico y artístico del EDIFICIO DE SANTO DOMINGO. Marzo 16 de 1925.

Con la colaboración de los señores doctor Juan Crisóstomo García y don Ricardo Moros Urbina.

Ibid., número 167 de marzo de 1925, Volumen XIV, páginas 686 y 687, Bogotá.

3.—Sobre una carta de DON GONZALO JIMENEZ DE QUESADA. Septiembre 26 de 1926.

Ibid., número 180 de octubre de 1926, Volumen XV, páginas 738 a 741, Bogotá.

4.—Sobre EL MARQUES DE SAN JORGE Y LA REVOLUCION DE LOS COMUNEROS. Octubre 12 de 1928.

Ibid., número 198 de enero de 1929, Volumen XVII, páginas 361 a 366, Bogotá.

5.—Sobre la admisión del señor ISMAEL FAJARDO REYES en clase de miembro correspondiente. Mayo 14 de 1928.

Ibid., número 199 de febrero de 1929, Volumen XVII, páginas 402 y 403, Bogotá.

6.—Sobre reglamentación del Archivo Herrán. Noviembre 28 de 1928.

En colaboración del doctor José Joaquín Guerra.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, número 199 de febrero de 1929, Volumen XVII, páginas 403 a 405, Bogotá.

7.—Sobre las cuentas de la tesorería de la Academia del 1º de octubre de 1927 al 15 de octubre de 1928. Diciembre 25 de 1928.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, número 199 de febrero de 1929, Volumen xvii, página 140, Bogotá.

8.—Sobre publicación de los mensajes presidenciales en la “Biblioteca de Historia Nacional”. Marzo 1º de 1929.

En colaboración del doctor Luis Augusto Cuervo.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, número 200 de marzo de 1929, Volumen xvii, páginas 482 y 483, Bogotá.

9.—Sobre el prócer José Ramón Lineros. Septiembre 29 de 1929.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, número 206 de febrero de 1930. Volumen xviii, páginas 95 a 100, Bogotá.

10.—Sobre la candidatura del señor Manuel José Forero para miembro correspondiente de la Academia Nacional de Historia. Octubre 15 de 1929.

En colaboración del señor doctor Belisario Matos Hurtado.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, número 206 de febrero de 1930, Volumen xviii, páginas 118 y 119, Bogotá. “El Gráfico”, número 975 del sábado 19 de abril de 1930, Año xix, página 2.623, Bogotá.

11.—Sobre la lápida mortuoria de la familia Guiral. Noviembre 2 de 1929.

“Cromos”, número 695 del sábado 25 de enero de 1930, Volumen xxix, páginas 13 y 14, Bogotá. “Boletín de Historia y Antigüedades”, número 206 de febrero de 1930, Volumen xviii, páginas 125 a 130, Bogotá.

12.—Sobre la estela sepulcral de Juan de Castañeda. Noviembre 14 de 1929.

“Cromos”, número 698 del sábado 15 de febrero de 1930, Volumen xxix, página 8, Bogotá. “Boletín de Historia y Antigüedades”, número 207 de marzo de 1930, Volumen xviii, páginas 190 a 194, Bogotá.

13.—Sobre la candidatura del doctor don Gabriel Picón Febres para miembro correspondiente. Noviembre 12 de 1929.

En colaboración del doctor Belisario Matos Hurtado.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, número 207 de marzo de 1930, Volumen xviii, páginas 186 y 187, Bogotá.

14.—Sobre el movimiento de la Tesorería de la Academia Nacional de Historia desde el 16 de octubre de 1928 al 31 de octubre de 1929.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, número 208 de abril de 1930, Volumen XVIII, páginas 280 y 281, Bogotá.

15.—Sobre la conveniencia de publicar en el “Boletín de Historia y Antigüedades” el escrito del señor Camilo Forero Reyes, titulado LA VOCACION DE UN VIRREY.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, número 281 de abril de 1930, Volumen XVIII, páginas 281 a 283, Bogotá.

16.—Sobre la candidatura, para miembro correspondiente, del doctor don Caracciolo Parra Pérez (venezolano). Febrero 15 de 1930.

En colaboración del doctor Roberto Cortázar.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, número 209 de mayo de 1930, Volumen XVIII, página 373, Bogotá.

17.—Sobre el cambio de nombre al Municipio de Albán, en Cundinamarca. Junio 15 de 1930.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, número 211 de julio de 1930, Volumen XVIII, páginas 534 a 536, Bogotá.

18.—Sobre la candidatura, para miembro correspondiente de la Academia Nacional de Historia, del señor Alcides Arguedas, Ministro de Bolivia en Colombia.

En colaboración del doctor Gustavo Otero Muñoz.

“El Gráfico”, número 985 de 28 de junio de 1930, Año XX, páginas 406 y 407, Bogotá. “Boletín de Historia y Antigüedades”, número 211 de julio de 1930, Volumen XVIII, páginas 536 a 538, Bogotá.

19.—Sobre el prócer y mártir de la Independencia don Francisco Antonio Caycedo. Octubre 26 de 1932.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, número 222 de 1932, Volumen XX, Bogotá. Demetrio García Vásquez, “Revaluaciones Históricas para la ciudad de Santiago de Cali”, Tomo II, páginas 325 a 329, Cali, Editorial “América”, 1951.

20.—RESEÑA SOBRE LA HISTORIA DE LA ESTADÍSTICA EN COLOMBIA.

En colaboración del doctor Gerardo Arrubla.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, números 249 y 250 de abril y mayo de 1935, Volumen XXII, páginas 254 a 260, Bogotá.

21.—Sobre el concurso abierto para premiar el mejor trabajo sobre el tema FUNDACION DE CIUDADES EN TIERRA FIRME DE 1525 A 1550.

Con la colaboración de don José María Restrepo Sáenz. Ibid., número 256 de noviembre de 1935, páginas 750 a 752, Bogotá.

22.—Sobre la fundación de la ciudad de Anserma en el Departamento de Caldas, conocida con el cognomento de Ansermaviejo. Marzo 19 de 1938.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, número 281 de marzo de 1938, Volumen xxv, páginas 177 a 181, Bogotá.

23.—Sobre la visita que hiciera el Libertador a la ciudad de San Juan de Girón. Junio 12 de 1943.

“Estudio”, Tomo xii, páginas 171 a 175, Bucaramanga.

24.—FUNDACION Y PROCLAMACION DE LA INDEPENDENCIA DE LA VILLA DE SANTA CRUZ DE MOMPOX. Noviembre 16 de 1944.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, números 361 y 362 de noviembre y diciembre de 1944, Volumen xxxi, páginas 1.143 a 1.146, Bogotá.

25.—Sobre los TEXTOS DE HISTORIA PATRIA en las escuelas de Venezuela. Abril 28 de 1946.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, números 377 a 379 de marzo, abril y mayo de 1946, Volumen xxxiii, páginas 263 a 275, Bogotá.

26.—Sobre la FUNDACION DE LA CIUDAD DE GUADUAS. Agosto 15 de 1947.

Ibid., números 393 a 395 de julio a septiembre de 1947, Volumen xxxiv, páginas 616 a 633, Bogotá.

27.—Segundo informe sobre la CUNA DEL ADELANTADO DON GONZALO JIMENEZ DE QUESADA. Noviembre 2 de 1949.

Ibid., números 423 a 425 de enero a marzo de 1950, Volumen xxxvii, páginas 190 a 196, Bogotá.

28.—Sobre la FUNDACION DE AYAPEL. Marzo 1º de 1950.

Ibid, números 423 a 425 de enero a marzo de 1950, Volumen xxxvii, páginas 196 a 199, Bogotá.

29.—Sobre la CAPILLA DEL SAGRARIO. Mayo 31 de 1950.

Ibid., números 441 a 443 de julio a septiembre de 1951, Volumen xxxviii, páginas 522 a 524, Bogotá.

Con la colaboración de don Luis Alberto Acuña.

30.—Sobre la FUNDACION DE GIRARDOT. Agosto 1º de 1950.

Ibid., números 441 a 443 de julio a septiembre de 1951, Volumen xxxviii, páginas 534 y 535, Bogotá.

31.—HOMENAJE A LA MEMORIA DE JUAN DE LA COSA. Febrero 28 de 1951.

Con la colaboración del doctor Luis Augusto Cuervo.

Ibid., números 441 a 443 de julio a septiembre de 1951, Volumen xxxviii, páginas 546 a 548, Bogotá.

32.—Sobre el retrato de Rodrigo de Bastidas.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, números 473 y 474, marzo y abril de 1954, Volumen xli, páginas 188 y 189.

33.—Sobre el final de la guerra de los mil días.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, número 476, junio de 1954, Volumen xli, páginas 379 a 382.

34.—Sobre las reliquias pertenecientes al antiguo convento dominico de Bogotá y que merecen ponerse a salvo en la actual demolición del edificio.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, números 493 y 494, noviembre y diciembre de 1955, Volumen xlii, páginas 741 a 746.

35.—Sobre dos antiguos manuscritos donados a la Academia por el doctor Eduardo Santos.

En colaboración con el doctor Gabriel Giraldo Jaramillo.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, números 499 y 500, mayo y junio de 1956, Volumen xliii, páginas 339 a 341.

36.—Sobre orígenes de la VILLA DE PURIFICACION.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, números 495 y 496, enero y febrero de 1956, Volumen xliii, páginas 861 a 864.

37.—Sobre INDEPENDENCIA DE MOMPOX Y CARTAGENA.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, números 507 a 509, enero a marzo de 1957, Volumen xliiv, páginas 99 y 100.

## DISCURSOS Y CONFERENCIAS

1.—Al tomar posesión de la Presidencia de la Academia Colombiana de Historia. Octubre 12 de 1925.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, número 170 de diciembre de 1925, Volumen xv, páginas 91 a 93, Bogotá.

2.—Al recibir, de manos del señor Coronel don Carlos Cortés Vargas, tierras de Ayacucho. Marzo 15 de 1925.

Ibid., número 173 de marzo de 1926, Volumen xv, páginas 308 a 310, Bogotá.

3.—Al dar la bienvenida, en nombre de la Academia Colombiana de Historia, el Excmo. señor Eduardo Clavery, Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario de Francia en Colombia, nombrado miembro correspondiente de ella. Octubre de 1926.

Ibid., número 180 de octubre de 1926, Volumen xv, página 741, Bogotá.

4.—Al hacer entrega de la PRESIDENCIA DE LA ACADEMIA al señor doctor don José Joaquín Casas. Octubre 12 de 1926.

Ibid., número 181 de enero de 1927, Volumen xvi, páginas 17 a 19, Bogotá.

5.—LA REVOLUCION DE CASANARE EN 1809.

En la Academia Colombiana de Historia.

Ibid., número 201 de abril de 1929, Volumen xvii, páginas 530 a 546, Bogotá.

6.—En honor del señor doctor don JOSE MARIA VELASCO IBARRA, Presidente electo del Ecuador. Junio 2 de 1934.

Ibid., números 241 y 242 de junio y julio de 1934, Volumen xxi, páginas 347 a 352, Bogotá.

7.—DISCURSO REGLAMENTARIO.

En la Academia Colombiana de Historia. Octubre 11 de 1935.

Ibid., número 256 de noviembre de 1935, Volumen xxii, páginas 753 a 760, Bogotá.

8.—HOMENAJE A FLOREZ DE OCARIZ.

En la Academia Colombiana de Historia. Agosto 11 de 1939.

Ibid., números 299 y 300 de septiembre y octubre de 1939, Volumen xxvi, páginas 636 a 651, Bogotá. Juan Flórez de

Ocáriz, **GENEALOGIAS DEL NUEVO REINO DE GRANADA**, Segunda edición, Tomo II, páginas VII a XXV, Bogotá, Prensas de la Biblioteca Nacional, 1946.

9.—**DANIEL SAMPER ORTEGA.**

Palabras pronunciadas en el Cementerio Central, al ser inhumado su cadáver. Noviembre 3 de 1943.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, número 350 de diciembre de 1943, Volumen xxx, páginas 1.137 a 1.140, Bogotá.

10.—**SEGUNDA EXPEDICION DE BELALCAZAR AL PAIS DEL DORADO.**

Academia Colombiana de Historia, **CONFERENCIAS ACADÉMICAS** dictadas en 1935, Bogotá.

11.—**EL CRONISTA SANTAFEREÑO JUAN RODRIGUEZ FREYLE.**

Academia Colombiana de Historia, **CONFERENCIAS ACADÉMICAS** dictadas en 1936, Bogotá.

12.—**PEDRO DE CIEZA DE LEON.**

Academia Colombiana de Historia, **CONFERENCIAS ACADÉMICAS** dictadas en 1937.

13.—**¿LO NUEVO ES VIEJO Y LO VIEJO NUEVO?**

Por donde se trata de la singular pendencia movida agora nuevamente para persuadir que el poblado de ANSERMA NUEVO es más viejo que el poblado de ANSERMAVIEJO.

“Boletín de Historia y Antigüedades”, números 289 y 290 de noviembre y diciembre de 1938, Volumen xxv, páginas 773 a 783, Bogotá.

14.—**ALABANZA DE FRAY PEDRO DE AGUADO.**

En la Academia Colombiana de Historia. Agosto de 1946.

Ibid., números 383 y 384 de septiembre y octubre de 1946, Volumen xxxiii, páginas 572 a 594, Bogotá.

15.—**GENIO Y CARACTER DEL ALMIRANTE SIR FRANCIS DRAKE.**

Academia Colombiana de Historia, **CONFERENCIAS ACADÉMICAS** dictadas en 1946 y 1947, Bogotá.

16.—**ORACION JACULATORIA A DON FRANCISCO DE MIRANDA.**

En la Academia Colombiana de Historia. Marzo 28 de 1950.

Ibid., números 426 a 428 de abril a junio de 1950, Volumen xxxvii, páginas 225 a 232, Bogotá.

## 17.—LA GOBERNACION DE SAN JUAN.

"Curso Superior de Historia de Colombia, 1592-1600", Tomo iv, (Biblioteca Eduardo Santos, Volumen v), páginas 161 a 178, Bogotá, Editorial "A. B. C.", 1951.

18.—En la recepción del académico numerario Horacio Rodríguez Plata.

"Boletín de Historia y Antigüedades", números 455 y 456, septiembre y octubre de 1952, Volumen xxxix, páginas 414 a 419.

19.—Palabras en el homenaje al doctor Miguel Aguilera.

"Boletín de Historia y Antigüedades", números 493 y 494, noviembre y diciembre de 1955, Volumen xlii, páginas 721 y 722.

20.—En la recepción del académico numerario Bernardo J. Caycedo.

"Boletín de Historia y Antigüedades", números 495 y 496, enero y febrero de 1956, Volumen xliii, páginas 844 a 851.

## POESIAS

## 1.—BOYACA.

"Archivo Historial", número 13 de agosto de 1919, Tomo II, página 29, Manizales.

## 2.—GALERON DEL ZAMBO GOLIVAR.

"Cromos", número 741 del sábado 13 de diciembre de 1930, Volumen xxx, página 27, Bogotá.

## PERIODICOS Y REVISTAS.

El señor Otero D'Costa dirigió las siguientes publicaciones periódicas:

LA JUVENTUD, periódico literario y de variedades, cuyo primer número vio la luz pública en Bucaramanga el día 18 de marzo de 1899. Entonces contaba el señor Otero D'Costa diez y seis años de edad.

En la Biblioteca Nacional sólo existen los números 1º a 3 y 7 a 9 (Biblioteca Nacional, Sala 2ª, número 6.483).

LA PATRIA, con la colaboración de los señores Luis Carlos López y Gregorio Rueda. Cartagena, 1912; alcanzaron a ver la luz pública veinte números.

ARCHIVO HISTORIAL, órgano del Centro de Estudios Históricos de Manizales. Tres volúmenes.

Tomo I. De agosto de 1918 a julio de 1919. 605 páginas. Manizales, Imprenta del Departamento.

Tomo II. Del número 13 de agosto de 1919 al número 24 de noviembre de 1920. X—532 páginas de 23.5 x 16.5 cms. Manizales, Imprenta del Departamento.

Tomo III. Del número 25 de diciembre de 1920 al número 36 de noviembre de 1921. Manizales, Imprenta del Departamento.

BOLETIN DE HISTORIA Y ANTIGÜEDADES, órgano de la Academia Colombiana de Historia.

Del número 198 de marzo de 1929 al 216 de diciembre de 1930, Volumen XVIII, Bogotá, Imprenta Nacional.

Del número 473 de marzo de 1954 al número 500 de junio de 1956.

#### NOTAS BIOGRAFICAS

Páez J. Roberto, DON ENRIQUE OTERO D' COSTA.

"Gaceta Municipal", órgano de la Municipalidad de Quito, número 79 de octubre a diciembre de 1934, Año XIX, páginas 43 a 45, Quito.

Sojo José Raimundo, ENRIQUE OTERO D' COSTA.

"El Tiempo", número 14.316 del domingo 22 de julio de 1951, Año XLI (Suplemento literario, página 3ª), Bogotá.

Sojo José Raimundo, UN HISTORIADOR.

La vida novelesca de Enrique Otero D'Costa.—Un balance en la guerra de los mil días.—Treinta y cinco años en la Academia de Historia.—Por el día comerciante y por la noche historiador.—El matinée dominical y los quince nietos.

"El Tiempo", número del martes 23 de septiembre de 1952, Bogotá.

## HOMENAJE A UN ILUSTRE HISTORIADOR

Palabras pronunciadas por HORACIO  
RODRIGUEZ PLATA en el entierro de  
don Enrique Otero D'Costa.

Bogotá, agosto 26 de 1964.

Particularmente sensible es para quien habla expresar en este luctuoso momento la honda pesadumbre con que la Academia Colombiana de Historia registra la desaparición de su más eximio exponente en lo que va corrido de este siglo, vale decir desde su fundación. Porque en la obra de Enrique Otero D'Costa se conjugaron armoniosamente y en sumo grado, las mejores calidades de historiador, que él acendró desde su juventud, hasta los últimos años de su existencia meritoria. Esta labor es tan fecunda, honda en la responsable investigación, original en el tema tratado con maestría, sabia en el concepto y en la interpretación, docente en sus conclusiones, siempre ajustadas al culto de la verdad y fervorosamente inspiradas en el amor a la patria, que difícilmente se le puede encontrar par en los anales de la historiografía colombiana.

El ámbito geográfico que en luengos años recibiera la fisonomía nacionalista y cristiana del Licenciado Don Gonzalo Jiménez de Quesada, y el que representara, ya independiente, su más auténtica figura, el General Francisco de Paula Santander, trasuntos uno y otro de las virtudes que simbolizan a la Nueva Granada, fue empeño inagotable de sus inquietudes investigadoras. Y tanto el Adelantado como el Fundador

Civil de la República lo sedujeron, porque él entendió que ellos quisieron constituir una nación civilizada, civilista y democrática, identificada con su claro espíritu. Lo que estos dos bastiones de la nacionalidad hicieron, lo que ellos nos legaron, fue para el historiador Otero D'Costa motivo central de porfiados estudios. Por eso, al conocimiento profundo, en las más vastas proyecciones, de los hechos de estos epónimos, a la razonada defensa de sus actuaciones múltiples y a la divulgación de lo que de ellos surgió para configurar la esencia geográfica y política de Colombia—instituciones, fundadores, funcionarios coloniales, próceres de la Independencia y de la República, en fin, acaeceres de toda índole— consagró las páginas que le hicieron egregio entre los cultores de nuestro pasado. Porque la nacionalidad, para Otero D'Costa como para Taine, era una emoción de solidaridad.

Es, por tanto, la obra de Otero D'Costa la única, entre nosotros, que refleja, en numerosos libros y ensayos, toda la trayectoria del devenir colombiano desde su orígenes hasta la hora presente. Para él no hubo episodios ignorados ni soluciones de continuidad en el proceso de sus laboriosas andanzas por archivos y bibliotecas. Historiador beligerante, lo calificó en memorable ocasión el doctor Eduardo Santos, y precisamente por ello, fue apasionadamente veraz.

Bibliógrafo, erudito, cervantino en su lenguaje, sagaz, afortunado pesquisidor de fuentes documentales, caballeroso polemista, recio carácter, son apenas algunos de los rasgos ejemplarizantes que se encuentran en su actividad infatigable. Pero hay también otras calidades que lo aquilatan y que nunca podremos olvidar: el hidalgo amigo, el discreto maestro, el comprensivo compañero, el colega que ilustró la tertulia académica, y el buen camarada que en la intimidad brindó la más espléndida generosidad y regaló los sentidos y alquitaró la inteligencia con el prodigio de su conversación reminiscente, plena de aventuras y de poesía y gozosa en su elación espiritual.

Empero, nuestro queridísimo Enrique no se limitó al intenso campo de las actividades culturales, sino que sobresalió también en el de las faenas económicas. Mucho le debe el país a su avisado consejo que fue oído y acatado con respeto en instituciones de la Banca, en la Federación Nacional de Cafeteros, en la Cámara de Comercio, en la Junta

Directiva de Bavaria, en empresas de transportes, una de las cuales —Eduardo L. Gerlein y Compañía— pierde ahora a su más dinámico Gerente y al más humano de sus gestores.

Si Colombia ve desaparecer hoy a uno de sus hijos más ilustres, en particular el Departamento de Santander lamenta la ausencia de quien lo sirvió indeficientemente y lo simbolizó en los más preciados atributos de su pueblo, gentes que él describió y cantó en bellos cuentos y antañones romances, de la que sublimó su gesta heroica, y de cuyo rico folclore y evocadoras tonadas fue entusiasta divulgador e insomne guardián.

La doctrina liberal, a cuyo servicio dedicó desvelos y energías, lo vio combatiendo en años mozos. Qué grato fue para sus amigos en veladas de eterna recordación, a la orilla de amistosos cristales, oírle relatar con exquisita donosura y admirable precisión la proeza de Terán, el paso de Peralonso, las tremendas cargas a machete en Palonegro y la azarosa retirada de Torcoroma.

Pero Enrique, como el viejo Herrera, de quien fuera, en su viril adolescencia, Ayudante de Campo, porque amó la Patria, amó la paz. Y, conseguida ésta, se consagró a afianzarla y a contribuir al progreso de todos los colombianos, ora en las lides cívicas—testigo de ello Cartagena, Bucaramanga y Manizales—, ya en el Concejo Municipal de Bogotá, bien en la Cámara de Representantes, donde su voz alentadora ganó para la República preseas más gloriosas que las que había cosechado en los campamentos militares de los mil días.

Muere Enrique Otero D'Costa, como los viejos hidalgos castellanos, en la luz de su fe y consolado por las creencias cristianas que en él no fueron una rutina, sino acendrada filosofía y fondo íntimo de su atrayente personalidad.

A la Academia Colombiana de Historia, que se dignificó con la presencia en su seno de Enrique Otero D'Costa, eximio Presidente en dos ocasiones, le llega hoy uno de los momentos más pungentemente desoladores. Pero la Corporación, a la que él en más de medio siglo contribuyó a engrandecer, sabrá reponerse del duro golpe agobiador. No en vano su ejemplo, la enseñanza que nos legara, su recuerdo imperecedero, forman parte del patrimonio espiritual que a todos nos auna y recupera.

Esa estampa de fijodalgo, sugerente del de la mano al pecho, trazada por los pinceles de Domingo Moreno Otero, continuará presidiendo el aula de la docencia. La librería que él formara con encomiable pasión de bibliófilo seguirá siendo inigualable riqueza del Instituto. Y su memoria, que nuestro amor celsa y resguarda, esplenderá allí, protectora y vigilante, como la de uno de nuestros penates.

Acaso haya un dolor más grande que el nuestro. Es el que hoy lloran ojos familiares. Toda otra palabra le restaría valor a nuestra fraternal solidaridad.

Permitidme, en razón de los vínculos que entrañablemente me unieron desde temprana juventud a este amigo del alma, mi mentor, mi nobilísimo y bondadoso compañero de todas las horas, a cuyo ponderado y recto criterio y consejo debo gran parte de mi formación espiritual, despedirlo hondamente conmovido, recordándole con la frase consagratoria del Libertador, que si me hubiera sido dable escoger un padre después del que Dios me dio, lo habría señalado a él.

## ELOGIO DE ENRIQUE OTERO D' COSTA

en la sesión pública solemne que celebró la Academia en memoria del ilustre historiador el 26 de enero de 1965.

POR ALBERTO MIRAMÓN

Ninguna palabra mejor encuentro para iniciar este homenaje a la memoria de Enrique Otero D'Costa que aquellas de nuestro padre y señor don Miguel de Cervantes, relativas a la honrosa pesadumbre de tener que expresar lo que guarda el corazón respecto a un hombre de valía que fue, además, nuestro amigo y camarada; uno de esos varones colendos, que apellidara otro príncipe de las letras castellanas. Porque veo en tantos momentos de mi vida al querido amigo que se ha ido, que hablar sobre él, con todo y lo rica en facetas que fue su personalidad, es casi como si lo hiciera sobre mí mismo.

Pero ¿quién puede contener el flujo sagrado del recuerdo, que inunda el corazón como cálida ola? Sus imágenes iluminan, cual cirios encendidos, la penumbra del presente.

El interés de la parábola vital de Enrique Otero D'Costa, radica en haberse operado en su espíritu el desarrollo íntimo de un proceso, uno de esos raros procesos espirituales que suelen pasar inadvertidos a las gentes.

Nacido en Bucaramanga, la tierra de sus mayores, en el seno de una familia ilustre, no concluyó estudios porque el huracán de nuestra última guerra civil lo arrebató de las aulas a los 14 años, como a tantos otros jóvenes de entonces. Peleó bajo las toldas liberales, como Ayudante del General Benjamín Herrera. Años andando, terminada la contienda, vino a Bogotá y se dedicó a actividades de la administración

pública. Pero no fue un político en el sentido estricto de la palabra, aunque tampoco un indiferente a las cosas de la política. Le preocupaba la suerte de la nacionalidad y sabía comentar los sucesos diarios con discreción y serenidad, lejos de todo extremo. Porque fue, ante todo, un temperamento equilibrado, un gran señor que sabía poner una nota de humor en las situaciones complejas.

Pudo ser mucho en política, pero era, además, un hombre desprendido. Tenía para ese oficio títulos y condiciones; sirvió a sus ideas en los campos de batalla y poseía ilustración y especiales dotes para el trato humano. Mas prefirió vivir independiente.

Trabajó duramente en diversas regiones del país; por do anduvo, sembró hondos afectos; mas sólo encontró el amor sagrado en las soleadas playas donde el inquieto desnarigado, don Pedro de Heredia, fundó la Cartagena indiana y heroica. En la grata compañía de la mujer amada, viajó por las principales ciudades del Viejo Mundo; detúvose algún tiempo en España, y se dedicó de lleno a los estudios de crítica histórica, rectificación y análisis de los métodos que la ardua ciencia de la investigación del pasado exigen.

Aquel bumangués raizal, de los de casa y solar conocidos en mi terruño—como dijera alguna vez—, dedicó, como ciudadano, por entero su vida al servicio de la patria, y supo, como escritor, aderezar con las más castizas salsas del estilo, manjar tan desabrido e indigesto como suele ser la archivada documentación que guarda el secreto del pasado nacional.

Con equilibrado criterio de investigador juicioso y hombre de letras, supo en sus escritos, despojar la Historia de las severas tocas de dueña quintañona, patrimonio exclusivo de unos cuantos adustos y eruditos varones, para adornarla con las bizarras galas propias de lozana moza, asequible y grata al joven y al viejo, al maestro y al aprendiz, al docto y al ignaro.

No fue menester a Enrique Otero D'Costa que para él llegara, con la hora de la muerte, la de las alabanzas. Oyólas en vida por voces elocuentísimas; y no pudieron causarle sorpresa, ni disgusto, las escasas dentelladas de la crítica y los mordiscos de la envidia, que vinieron con la fama emparejados, porque solamente la mediocridad se complace y envanece con la unánime aprobación de los amigos.

Abrióle las puertas de la fama el laurel que obtuvo, en 1913, con su cuento "EL PATIO DE LAS BRUJAS", en el concurso promovido por la Academia Colombiana de la Lengua, y, fueron los heraldos de sus calidades literarias, don Diego Rafael de Guzmán y don Hernando Holguín y Caro. En 1917 fue propuesto para miembro de nuestro Instituto por el doctor Pedro María Ibáñez. Y ayer, al traspasar los umbrales de la muerte, despidióle Horacio Rodríguez Plata con discurso insuperable.

Bastarían estos nombres para sellar mis labios, si una costumbre, que tiene tanto de hidalga como de patriótica, no me obligara hoy, por honrosa designación de la Academia, a rendir el homenaje al preclaro escritor, varias veces Presidente de la Institución, y uno de sus individuos más conspicuos por la antigüedad en los servicios y la excelsitud en las obras de cuantos cuentan los anales de esta casa solariega del pasado.

Sabido es que el estilo es el hombre. Cada cual expresa a su manera sus ideas, con elegancia o con desaliño, con elevación o con llaneza, con discreción o con desmaña, con meridiana claridad o con alambicada e incomprensible frase, con fácil donaire o con pernicioso pesadumbre, con pocas palabras que dicen muchas cosas,—como escribía Mme. de Sevigné—, o con muchas palabras que solamente muestran la penuria de ideas.

Maestro en el habla, como en las ciencias históricas, fue Enrique Otero D'Costa. Tuvo como escritor y como hablista la santa limosna de la palabra castiza que pondera Unamuno en Cervantes, el empleo consiente, reflexivo, letrado de la lengua, el genio del lenguaje ahondando hasta las raíces, con sapiencia, las etimologías, o las fases filológicas de los vocablos. Y unió a ello el mérito singularísimo de la exactitud histórica. Su nombre encabeza una obra extensísima, de vasto eco en el suelo patrio y aún fuera de él. Encerrado en su biblioteca, y se dijera mejor, encerrada la biblioteca en él, por lo que sabía, fue generoso mentor. Era un verdadero sabio en las ramas de su especialidad, pero por serlo y quizás porque lo era, sabía humanizarse con todos los principiantes, y a él debí, en los comienzos de mi carrera, grandes estímulos y alientos que no olvidaré nunca y que en esta

ocasión solemne me complazco en hacer públicos, como modesta ofrenda a su memoria venerable.

Era un verdadero reconstructor del pasado. Sus investigaciones históricas han deshecho muchos errores corrientes hasta que él los atajó, y repuesto en su lugar ciudades y hombres que los malos vientos de la fábula habían mudado de fecha, de asiento y de carácter.

Sus "COMENTOS CRÍTICOS" de la fundación de Cartagena, es una muestra insigne de este género de estudios que él reconstruyó, o mejor, creó porque estaban en la nada entre nosotros.

Existen dos erudiciones, según Azorín. La erudición de los libros y la erudición de las cosas. Nuestro ilustre colega pone a prueba ambas, si se le examina según los libros o se le examina según las cosas.

Otero D'Costa fue de los pocos hombres de letras en quienes el amor al pasado no constituyó un simple tema retórico, ni una vanidosa ostentación, sino una irresistible tendencia de su alma.

Contra lo que el vulgo crée, la Historia es por excelencia dinámica; es ciencia y es arte dialéctico, ya que se forma y transforma al enfoque de los hombres, en el decurso inexorable de los días.

El pensamiento histórico de Enrique Otero D'Costa era esencialmente dialéctico. Su ideación brotaba del choque con opiniones contrarias—singularmente en la crítica de las fuentes documentales—y se fortalecía con la polémica. El adoctrinamiento de este profesor que ocupó la cátedra esporádicamente, fue no obstante perpetuo. En la conversación, en el libro, en el periódico, su teoría sobre el pasado colombiano se fue articulando sin desfallecimientos, haciéndose orgánica y despertando todos los posibles planos dialécticos. Y así su actividad de profesor se confundió con la vida ciudadana.

Según adoctrina uno de los más famosos historiadores europeos contemporáneos:

"Poca cosa sería la historia si quedara reducida a los hechos y a las ideas que pueda exponer el maestro en unas cuantas horas de clase. Pero se convertirá en la gran maestra de la vida si el estudiante, asesorado por el maestro, busca en las memorias, en los documentos, en las estadísticas, la esencia misma de la historia".

Jamás tiene término la indagación del pasado; nunca se concluye la investigación histórica. Los temas atañedores a la diosa Clio son inexhaustos, no solamente porque cada generación los hace y rehace a su manera, desde su particular punto de mira en el devenir humano, sino porque el acopio de las fuentes no tiene final. Posée, por eso, la rebusca documental, singulares coincidencias, y guardan los viejos infolios notables sorpresas entre sus polvorientas hojas. Siempre brota de ellas un nuevo dato o aparece un amarillento papel que completa o cambia lo ya conocido y que se creía definitivo, inmutable.

De ahí que asista sobrada razón a José Ortega y Gasset cuando afirma en su introducción a la "FILOSOFÍA DE LA HISTORIA", de Hegel, que ningún libro de historia representa con plenitud, en esta disciplina, lo que tantos otros representan en física, en filosofía y aún en biología, el papel de clásicos. Lo clásico en historia no es lo ejemplar ni lo definitivo: no hay individuo ni obra humana que la humanidad, en marea viva, no haya superado. Pero he ahí lo específico y sorprendente. La humanidad, al avanzar sobre ciertos hombres y ciertas obras, no los ha aniquilado y sumergido. No se sabe qué extraño poder de pervivencia, de inexhausta vitalidad, les permite flotar sobre las aguas del tiempo. Quedan, sin duda, como un pretérito, pero, de tan rara condición, que siguen poseyendo actualidad. Es que "lo que vale más en el hombre es su capacidad de insatisfacción. Si algo de divino posée es, precisamente, su divino descontento, especie de amor sin amado, y un como dolor que sentimos en miembros que no tenemos".

Para saber lo que vale y significa Enrique Otero D'Costa en la historiografía colombiana, hay que compararlo sin menoscabo de nadie con los historiadores coetáneos suyos. Rebuscador agudo y comprensivo, inolvidable mentor, tenía el gusto, la pasión de la Historia. Aunque el alto alcance de la inteligencia elevóle por encima del vulgo, la llaneza de su carácter le hacía mostrarse sin distingos el hombre de todas las horas, como dijo Erasmo del gran Tomás Moro, a quien también se asemejaba por la nobleza de alma y la firmeza de las creencias. Comenzaba a hablar del pasado y no se detenía. Un desfile mágico de episodios pretéritos, de escenas remotas, de personajes antiguos, todo con sus fechas exactas, sus

citas precisas y sus pormenores pintorescos, brotaba de su habla castiza tan fácil y correcta.

Como sería inacabable, y, además, ajeno a esta ocasión, relatar pormenorizadamente la biografía de Enrique Otero D'Costa y hacer el balance completo de su nutrida bibliografía histórica y literaria, solamente cabe aquí sintetizar los aspectos esenciales del conjunto de su labor intelectual.

La imagen del hombre bueno, leal y generoso estará siempre en el fondo del espíritu de quienes lo conocieron, porque la vida de las personas a quienes se ha profesado admiración y afecto es parte de nuestro propio existir.

Su figura mortal se aleja, puede ser borrada por la tierra que tanto amó, pero su figura espiritual pervive, pervivirá siempre mientras alienten pechos patriotas que amen el pasado de Colombia.

Insuperables son sus estudios sobre las fundaciones de ciudades, valiosos sus esbozos de gentes de la conquista y la colonia, maestros sus informes académicos, importantes sus escritos filológicos y literarios, de hondo sentimiento y castizo acento sus galerones poéticos; pero el arco toral de su auténtica concepción personal del pasado nacional, —nacional como lo entendía Unamuno en el hondón del alma, es decir “de patria grande, de patria histórica con su bandera que le representa y distingue ante las demás patrias, siendo por ellas reconocida como tal”— se apoya y sustenta, como sobre puntos claves, en dos nombres gloriosos que la parábola del devenir de tres siglos une y complementa: el libro sobre el Adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada y las numerosas páginas que consagró a la personalidad de Francisco de Paula Santander.

Horacio Rodríguez Plata, en su discurso funeral sobre Otero D'Costa ha enfocado este aspecto de modo tan exacto que extractarlo oscurecería los primores de la semblanza, y, para vuestro deleite y descanso de mis deshilvanadas parrafadas, voy a recordarlo:

“El ámbito geográfico que en luengos años recibiera la fisonomía nacionalista y cristiana del Licenciado Don Gonzalo Jiménez de Quesada, y el que representara, ya independiente, su más auténtica figura, el General Francisco de Paula Santander, trasuntos uno y otro de las virtudes que simbolizan a la Nueva Granada, fue empeño inagotable de

sus inquietudes investigadoras. Y tanto el Adelantado como el Fundador Civil de la República lo sedujeron porque él entendió que ellos quisieron constituir una nación civilizada, civilista y democrática identificada con su claro espíritu. Lo que estos dos bastiones de la nacionalidad hicieron, lo que ellos nos legaron, fue para el historiador Otero D'Costa motivo central de porfiados estudios. Por eso, al conocimiento profundo, en las más vastas proyecciones, de los hechos de estos epónimos, a la razonada defensa de sus actuaciones múltiples y a la divulgación de lo que de ellos surgió para configurar la esencia geográfica y política de Colombia—instituciones, fundadores, funcionarios coloniales, próceres de la Independencia y de la República, en fin, acaeceres de toda índole—consagró las páginas que le hicieron egregio entre los cultores de nuestro pasado. Porque la nacionalidad, para Otero D'Costa, como para Hipólito Taine, era una emoción de solidaridad.

“Es, por tanto, la obra de Otero D'Costa la única, entre nosotros, que refleja, en numerosos libros y ensayos, toda la trayectoria del devenir colombiano desde sus orígenes hasta la hora presente. Para él no hubo episodios ignorados ni soluciones de continuidad en el proceso de sus laboriosas andanzas por archivos y bibliotecas. Historiador beligerante lo calificó en memorable ocasión su leal amigo el doctor Eduardo Santos, y, precisamente por ello, fue apasionadamente veraz”.

Maestro de todos, de grandes y de pequeños, maestro por antonomasia, la Academia, que lo considera con justa razón como el historiador más completo en lo que va corrido de esta centuria, vale decir desde la fundación del Instituto, ha dado el nombre de Enrique Otero D'Costa a la sala donde se dicta el Curso Superior de Historia. En el testero principal ha colocado su retrato, como admonición y brújula para las mentes estudiosas del pasado que concurren a esta aula.

Lo acabáis de ver todos los presentes. Lo contemplarán por los siglos las generaciones venturas. El artista, Domingo Moreno Otero, su pariente y amigo, lo fijó con inspirado pincel, representando su retrato de clásico chambergo, amplia capa castellana, un grueso infolio en la diestra y la izquierda asida de un bastón, ascendiendo por la empinada rua que conducía a la vieja quinta de Bolívar, y que, al decir del

maestro Guillermo Valencia, por lo esquiva y pendiente, despoja el espíritu de su vulgar ropaje, concentra la emoción, aguza los recuerdos y purifica el alma para la visión suprema...

Tiene el cuadro en su composición cierto sentido de la escuela renacentista. ¿No es verdad que al contemplarlo, a pesar de los méritos personalísimos del autor, viene al recuerdo el fresco de Rafael de Urbino que exorna las estancias vaticanas, titulado "*La Escuela de Atenas*", en donde el artífice con arte soberano fue colocando en modo ascendente a los más insignes pensadores del mundo antiguo, distinguiéndolos con los atributos que mejor los personaliza?

Así se nos figura que colocó el artista nacional a nuestro colega, a lo largo del camino abierto y recorrido, y mientras así discurrimos, como una plegaria de admiración y afecto entrañable, hundida en la emoción de la belleza y el recuerdo, golpean quedamente a la memoria los versos de Antonio Machado, tantas veces recitados en común con Roberto Liévano, Oswaldo Díaz y Horacio Rodríguez Plata, durante las veladas en el estrado hidalgo de su casona honrada, donde, al decir del último de los nombrados, el buen camarada brindaba en la intimidad la más espléndida generosidad y regalaba los sentidos, aquilatando la inteligencia con el prodigio de su conversación reminiscente, plena de aventuras, de poesía y gozosa en su elación espiritual.

.....  
*Y hacia otra luz más pura  
 partió el hermano de la luz del alba,  
 del sol de los talleres,  
 el viejo alegre de la vida santa.*

.....  
 ..... Sólo sabemos  
*que se nos fue por una senda clara,  
 diciéndonos: Hacedme  
 un duelo de labores y esperanzas.  
 Sed buenos y no más, sed lo que he sido  
 entre vosotros: alma.  
 Vivid, la vida sigue,  
 los muertos mueren y las sombras pasan;  
 lleva quien deja y vive el que ha vivido.  
 ¡Yunques, sonad; enmudeced, campanas!*

A lo largo de nuestras vidas hemos ido recogiendo visiones e imágenes; visiones de espectáculos intelectuales en los libros, imágenes de los hombres en el trato del diario quehacer. Lentamente han ido cristalizando en nuestro espíritu. Cuando los años pasan; cuando la vida, las superficialidades de la vida van teniendo menos encantos, esas imágenes, esas visiones íntimas son como símbolos de nuestros afanes y como consuelos tardíos de nuestras decepciones, porque, como bellamente dijo Garcilaso, nada nos podrá quitar el dolorido sentir.

Estos recuerdos tan pobremente hilvanados con los hilos humildes de mi palabra son rayos perdidos de luz que iluminan lo pasado, cuando caminantes hacia Occidente, se vuelve la mirada hacia los horizontes que van quedando atrás: muy lejos los del amanecer; lejos también los del sol meridiano.

Y sea, señores, tributo al sabio historiador esta solemne sesión de nuestra docta Academia; tributo al amigo inolvidable mi recordación, modesta pero cordial.

---

Señor doctor Eduardo Santos, ex-Presidente de la República;  
Señor Presidente de la Academia, General Julio Londoño;  
Señor doctor Alberto Miramón;  
Señores Académicos, señoras, señores:

Como hijo de Enrique Otero D'Costa, me ha correspondido por designación familiar, el alto honor de agradecer el homenaje póstumo que ha querido tributar la Academia a su memoria, así como dar respuesta, en muy sencillas palabras, inspiradas solamente en un entrañable amor filial, a las muy elocuentes del señor académico doctor Alberto Miramón.

La exaltación de la obra de mi ilustre padre, atinadamente hecha por tan calificado académico, es para nosotros timbre de orgullo, acicate de estímulo, por su labor ejemplarizante.

Por manera que, su reconocimiento por parte de la Academia Colombiana de Historia, compensa, así sea en mínima parte, el hondo vacío que su desaparición dejó entre sus hijos.

Porque Enrique Otero D'Costa supo compaginar cabalmente las severas disciplinas del intelecto con la noble tarea de padre amantísimo, arduamente acrecentada por la temprana pérdida de su dulce compañera. Su prematuro estado de viudedad no fue óbice, pese a la inmensa tribulación en que quedó sumido, para superarse estoicamente y así afrontar los deberes que le imponían su calidad de padre y su condición de letrado.

Perdonadme, señores, si atendiendo al llamado de mi sangre, me haya referido a él por su aspecto puramente humano, mas ello no quiere decir que no admiremos en toda la inmensidad de su valor, la desvelada atención que puso a través de su vida en la culminación de una eficiente labor investigativa, con la cual no buscó otra cosa que la de contribuir al estudio y conocimiento de nuestra historia patria.

La circunstancia de hacer coincidir la fecha de hoy, día de su natalicio, con la apertura de la Sala Enrique Otero D'Costa, que concuerda además con la efemérides de la imposición de la Gran Cruz de Boyacá, de manos del doctor Eduardo Santos, por delegación del Gobierno de Colombia, nos embarga de emoción y obliga nuestra gratitud en forma imperecedera.

Los descendientes de Enrique Otero D'Costa tenemos la certidumbre de que ese noble recinto será depositario único del más alto honor por él recibido, como es la Gran Cruz de Boyacá, y es por ello que hoy confiadamente depositamos en vuestras manos este galardón para su conservación perpetua, como homenaje nuestro a esta Institución que tanto significó en su vida, a fin de que perdure siempre entre nosotros la imborrable huella de su labor infatigable.

Señor doctor Alberto Miramón:

Al agradecer vivamente, en nombre de mis hermanos y familiares este homenaje a la memoria de nuestro padre, sólo puedo decirle por su conducto a la Academia Colombiana de Historia, que los hijos de Enrique Otero D'Costa sabrán responder a la tradición de hidalguía, honestidad, pulcritud y honradez que él nos legó, y solamente aspiramos poderla transmitir incólume a nuestros hijos.

ALONSO OTERO DE LA ESPRIELLA

Enero 26 de 1965.

## HOMENAJES OFICIALES

SENADO DE LA REPUBLICA

PROYECTO DE LEY NUMERO 110 DE 1964

por la cual se honra la memoria del historiador don Enrique Otero D'Costa, y se ordena la publicación de sus obras completas.

EL CONGRESO DE COLOMBIA,

DECRETA:

Artículo 1º La Nación honra la memoria de don Enrique Otero D'Costa, miembro en varias legislaturas del Congreso Nacional y eminente historiador cuya obra se distingue, especialmente, no sólo por la seriedad y profundidad de sus investigaciones históricas, sino también por su orientación intelectual en la defensa y afianzamiento de los atributos propios de la nacionalidad colombiana.

Artículo 2º El Ministerio de Educación Nacional, por conducto de su Departamento de Extensión Cultural, y de acuerdo con la Academia Colombiana de Historia, se encargará de reunir, ordenar y publicar las obras completas de don Enrique Otero D'Costa.

Artículo 3º El Ministerio de Educación Nacional colocará sendos retratos al óleo del historiador Otero D'Costa en la Academia Colombiana de Historia y en el Centro de Historia de Bucaramanga.

Artículo 4º En el Presupuesto de las próximas vigencias se incluirán las partidas indispensables para el cumplimiento de esta Ley, y en caso contrario, queda facultado el Gobierno para abrir los créditos indispensables en los Presupuestos venideros y efectuar los traslados que fueren necesarios para la realización de lo dispuesto en los artículos anteriores.

Artículo 5º Esta Ley regirá desde su sanción.

Bogotá, D. E., octubre 5 de 1964.

*Joaquín Estrada Monsalve, Augusto Espinosa Valderrama, Camilo Mejía Duque, Ramón Londoño Peláez, Jorge Uribe Márquez.* (Hay una firma ilegible).

---

Senado de la República

El anterior proyecto de ley fue presentado el 6 de octubre de 1964 y se repartió a la Comisión Segunda.

El Presidente,

*Augusto Espinosa V.*

---

EXPOSICION DE MOTIVOS

Señores Senadores:

El Congreso, tan pródigo en honores para con muchos que apenas si lo merecen, tiene el deber de rendir el más amplio y justificado homenaje a don Enrique Otero D'Costa, quien fue su miembro en varias legislaturas, escritor público de reconocido prestigio e historiador eminente cuya obra constituye un ejemplo de seriedad y profundidad en las investigaciones del pasado colombiano y en la defensa de los atributos históricamente constitutivos de la nacionalidad. Ya la Academia Colombiana de Historia ha designado una comisión de su seno para reunir y ordenar la obra del connotado historiógrafo, obra que debe ser publicada por el Ministerio de Educación Nacional y por cuenta del Tesoro Público. Esa obra es un acopio de cultura que no puede dejarse perder dispersa en

publicaciones periódicas, en folletos, y aún en libros que apenas recogen por separado algunos de sus escritos, sino que es preciso compilar en forma metódica para que ejerza todo su poder de influjo y de orientación en la inteligencia colombiana.

La mejor exposición de motivos de este proyecto sería el recuento de la vida intelectual de Otero D'Costa y la enumeración de sus obras y artículos. Pero ello no es necesario, porque fue tan visible su intervención en la cultura nacional, tan constante su tarea en nuestras Academias de Historia o en nuestros centros de investigación del pasado, que se encuentra viva su semblanza espiritual en la mente de todos nuestros círculos intelectuales e históricos. Baste decir que su consagración al estudio de nuestra historia no sólo fue una de las más altas contribuciones mentales, durante toda su vida, con que contó nuestra Academia Colombiana de Historia, sino que su juicio y sus conceptos fueron decisivos para el esclarecimiento de muchos diferendos, dudas o controversias sobre hechos, personajes o fenómenos de nuestro pretérito. Su inteligencia equilibrada, justa, imparcial, jamás permitió que sus ideas políticas afectaran en lo más mínimo su juicio sobre los hombres y los hechos nacionales, condición esa que realzó su autoridad de investigador y que dio firmeza a sus veredictos históricos.

Todos sus atributos de imparcialidad, de honestidad mental, de método investigativo, de seriedad en sus juicios y aún de castiza llaneza en el estilo están reunidos en los siguientes apartes de su admirable estudio sobre el cronista colonial Fray Pedro de Aguado, cuya obra, en realidad, es superior a la misma de Castellanos como documento de aquellas penumbrosas y lejanas adolescencias de nuestra nacionalidad. En estos párrafos está el método y el estilo de Otero D'Costa cabalmente realizados:

“Desde todos los puntos cardinales —escribe sobre Fray Pedro de Aguado en una página ejemplar— avanza el turbión conquistador sobre el corazón de esta nuestra hoy buena tierra de Colombia. Los Heredia y Lebrija, y, más tarde, Quesada y Alonso Luis de Lugo, se movilizan de Norte a Sur; Alfínger, Federman y Lope Montalvo arrancan con sus mesnadas desde el lejano Oriente la vía de estas cumbres andinas; Belalcázar, a la cabeza de sus temibles tercios

de peruleros, avanza de Sur a Norte, y luego el Adelantado Andagoya, feliz descubridor de nuestra costa del Pacífico, rompe la selva de Occidente a Oriente en demanda de la quimérica Gobernación del San Juan.

“De los tostados labios de aquellos aventureros brotan los nombres de Dabeiba, El Dorado, Zenufana, El Pancebú, La Casa del Sol . . . Sus cerebros, bajo la influencia de la sangre mora, sueñan con el hallazgo de las tierras de Simbad el Marino, con los tesoros ocultos en la gruta cerrada y sellada para quien ignora el conjuro mágico, y con lagunas encantadas en cuyo fondo brillan como ascuas el oro y la plata de la ofrenda religiosa . . . Y sus garras de gerifalte se aprestan para atrapar ricos botines en metálico y en piedras preciosas, esmeraldas, diamantes y granates. Y avanzan, avanzan y avanzan . . ., y al paso del vendaval se van derrumbando los imperios indios: machanaes, tayronas, nutabes, zendaguas, guanes, quillacingas, gorriones, quimbayas, caquetios, chitareros, chibchas . . .

“Entre aquella turbamulta, donde privaba el recio puño y fulguraba la mirada señoreante, parpadeaba, cual límpido fanal, la figura talar de algún religioso, débil, humilde y sosegada; de un religioso que nada espera de la Fortuna, que nada pide para sí, y que arrostra todas las penalidades y peligros de aquellas portentosas odiseas, sin otro interés que el del amor al prójimo, sin otro aguijón que el de conquistar almas para el cielo.

“Grande y gloriosa fue la labor evangélica realizada por los hijos de Cristo en estas latitudes: consolaban al triste, curaban al doliente, daban al moribundo el ósculo de la eterna paz. Ellos también, y he aquí su gloria mejor, prestaban su sombra protectora al indio infeliz que vencido y sojuzgado caía bajo la planta de los invasores, a quienes el derecho de conquista titulaba de amos y señores de vida y haciendas. Y si bien es cierto que en muchos casos no lograron corregir los desafueros del rudo conquistador, no es menos cierto que, en muchos otros, los remediaron y, cuando no, al menos ejercitaron su cristiano ministerio morigerando, aliviando, mitigando la desdichada suerte de los vencidos, consolándolos y confortándolos con el perfume de su amor y caridad. Todo esto sin perjuicio de hacer llegar ante los Católicos Monarcas sus quejas y sus clamores en demanda

de justicia y de humanidad para con los desheredados, demandas que siempre fueron atendidas.

“Salmos de alabanza merecen esos apóstoles de la misericordia, a cuya cabeza splende el santo Bartolomé de las Casas, cuyas quejas y reclamos en favor del indio americano llegaron, en ciertas ocasiones, a extremos que resultan inadmisibles ante la luz de la historia... , pero disculpables habida cuenta del nobilísimo fin que perseguía.

“En la trinchera de defensa indiana que acampaba bajo los brazos abiertos de la Cruz, se distinguieron, día y noche, los hijos de la Venerable Orden de San Francisco. Desde la venida de los primeros operarios se la vio trabajar incansablemente en la evangélica misión, y a tan gran número alcanzaron los venidos, y fue tan fecunda su labor, que el establecimiento de la benemérita congregación se impuso en estas tierras como una obra de imperativa necesidad. Y así vemos cómo se fueron fundando, en las ciudades neogranadinas que en ese entonces empezaban a florecer, las casas religiosas de aquellos apóstoles sin par. Esta ciudad de Santafé descolló entre las primeras en conseguir este bien y, su cenobio, justamente apellidado el Convento Máximo, constituyó uno de los más ricos filones de donde salieron a la contienda y tandas de misioneros encargados de civilizar, evangelizar y proteger aquellas criaturas indianas que, ora mansas, ya rebeldes, estaban escogidas para recibir la redención y la dignificación espiritual. En esa cohorte evangelizadora brilló como estrella de primera magnitud el Reverendo Padre Fray Pedro de Aguado”.

Casi todas las ciudades del país le deben a Otero D'Costa la aclaración de algún hecho o episodio de su pasado: Bogotá, Bucaramanga, Cartagena, Santa Marta, Popayán, Tunja, Manizales, Anserma, dan testimonio de ello. Tampoco quedaron al margen de sus estudios investigativos próceres o personajes de la República, cuyas vidas, obras o pensamientos hubieren tenido influjo en el desarrollo de nuestras instituciones o en las hazañas de nuestra independencia, desde los cronistas de la Colonia hasta los últimos gobernantes del país, pasando, desde luego, por los héroes y protagonistas de la guerra magna.

Precisamente se adjunta la primera parte de la Relación de los Escritos de don Enrique Otero D'Costa, pues la segun-

da apenas se está elaborando, documento que demuestra lo extenso y lo trascendente de su labor historiográfica. Allí se aprecia la diversificación de sus trabajos, la trascendencia de sus investigaciones y la unidad metódica de su labor.

En vida, el Gobierno Nacional, en enero de este año, enaltecó su obra histórica, condecorándolo con la "Gran Cruz de Boyacá", y es apenas justo que, a su muerte, el Congreso lo honre y analtezca presentando su obra a la cultura del país como un ejemplo de consagración intelectual y ordenando su publicación completa para que pueda prestar todo su influjo en la formación de la conciencia de la nacionalidad en las nuevas generaciones.

Señores Senadores,

*Joaquín Estrada Monsalve, Augusto Espinosa Valderrama, Camilo Mejía Duque.* (Hay una firma ilegible).

\* \* \*

Bucaramanga, diciembre 5 de 1964

Señor  
PRESIDENTE DE LA ACADEMIA  
COLOMBIANA DE HISTORIA  
Bogotá.

Señor Presidente:

La Asamblea de Santander aprobó por unanimidad, en la sesión ordinaria del día . . . . de noviembre pasado, la proposición que tengo el honor de enviar a la Academia Colombiana de Historia, muy dignamente representada por usted.

Atentamente,

*Víctor J. Camacho G.,* Secretario General.

#### PROPOSICION

"La Asamblea de Santander lamenta el sensible fallecimiento del insigne historiador santandereano don ENRIQUE OTERO D'COSTA, ocurrido en la capital de la República el

25 de agosto próximo pasado, y hace público reconocimiento de la extraordinaria labor santandereana que llevó a cabo el señor Otero D'Costa con la publicación de sus libros "MONTAÑAS DE SANTANDER", "CRONICON SOLARIEGO" y otras obras en las que exaltó las glorias y tradiciones de la raza.

La Asamblea de Santander presenta la vida del eminente santandereano don ENRIQUE OTERO D'COSTA como un ejemplo de patriotismo y de las más excelsas virtudes del pueblo santandereano.

Transcribese al Concejo Municipal de Rionegro, cuna del ilustre extinto, a sus familiares residentes en Bogotá y Barranquilla, a la Academia Colombiana de Historia y publíquese por la prensa y carteles.

NESTOR PAEZ RODRIGUEZ, Presidente. *Víctor J. Camacho*, Secretario".

## NOTAS DE CONDOLENCIA

Honorable señor:

Nuestra Real Academia ha tenido el sentimiento de saber por su atenta carta del 22 de septiembre pasado, el fallecimiento del que fue ilustre Presidente de esa Corporación y nuestro colega don ENRIQUE OTERO D' COSTA, insigne paladín de la historia colombiana.

Acordó nuestro Instituto que constase en acta su condolencia y expresar a esa Academia hermana el testimonio de su atribulado pésame.

Dios guarde a usted muchos años.

Madrid, 21 de octubre de 1964.

El académico Secretario Perpetuo,

*Julio F. Guillén.*

Honorable señor  
Secretario de la Academia de Historia.  
Bogotá (Colombia).

\* \* \*

Bogotá, D. E., agosto 26, 1964.

Señor doctor  
Oswaldo Díaz Díaz,  
Secretario de la  
Academia Colombiana de Historia.  
La ciudad.

Estimado doctor y amigo:

Me permito comunicar a usted que el Colegio Máximo de las Academias de Colombia, en su sesión de anoche aprobó por unanimidad la siguiente proposición:

“El Colegio Máximo de las Academias registra con hondo pesar el fallecimiento del insigne colombiano y académico ejemplar don Enrique Otero D'Costa, quien con fervor colombiano, honestidad intelectual y metódico trabajo, dio un magnífico aporte a las disciplinas históricas y literarias del país, además de haberse hecho merecedor al aprecio y a la admiración de sus compatriotas, merced a sus condiciones morales y cívicas. Transcribese a la Academia Colombiana de Historia y a la familia del ilustre colombiano desaparecido”.

Con sentimientos de distinguida consideración, me suscribo de usted,

muy atentamente,

*Joaquín Piñeros Corpas*, Secretario.

\* \* \*

Medellín, 2 de septiembre de 1964.

Señor  
Presidente de la Academia  
Colombiana de Historia.  
Bogotá.

Con todo acatamiento me permito transcribir a usted la siguiente proposición aprobada por unanimidad por la Academia Antioqueña de Historia, en su sesión de ayer:

“La Academia Antioqueña de Historia, deplora sinceramente el sensible fallecimiento del muy ilustre y erudito historiador señor don ENRIQUE OTERO D’COSTA, Miembro de Número de la Academia Colombiana de Historia y Correspondiente de esta Academia, y presenta su más profunda manifestación de pesar a la Academia Colombiana de Historia y a la distinguida familia del eminente extinto, que tanto trabajó por el desarrollo de la cultura histórica colombiana”.

Del señor Presidente, muy atto. y S. S.,

*Luis Sierra H.*, Secretario.

\* \* \*

Tunja, agosto 26 de 1964.

Señor  
Presidente de la Academia  
Colombiana de Historia.  
Bogotá.

Tengo el honor de transcribir a usted la proposición aprobada por unanimidad en la última sesión de la Academia que me honro en presidir:

“La Academia Boyacense de Historia se asocia al duelo nacional que constituye la desaparición del eminente patricio doctor ENRIQUE OTERO D’COSTA, miembro correspondiente de nuestra Institución y figura brillantísima de las letras patrias que tan destacados servicios prestó a Colombia, dedicando la mayor parte de su meritoria vida a la investigación, enriqueciendo nuestra historia y rindiendo a través de sus numerosas obras culto permanente a los fundadores de nuestra nacionalidad.

“Transcribese a la familia del extinto y a la Academia Colombiana de Historia de que fue Miembro prestantísimo”.

Con mi manifestación personal de condolencia, tengo el honor de suscribirme del señor Presidente como su muy atento, seguro servidor y amigo,

ULISES ROJAS

Bucaramanga, octubre 29 de 1964.

Señor  
Presidente de la Academia  
Nacional de Historia.  
Bogotá.

Muy distinguido señor Presidente:

Con toda atención me permito transcribir a usted y por su intermedio a la Corporación que usted dignamente preside, la siguiente proposición aprobada por la Academia de Historia de Santander, en su sesión extraordinaria del día 12 de octubre del presente año:

“LA ACADEMIA DE HISTORIA DE SANTANDER,

CONSIDERANDO:

1º - Que el día 25 de agosto del presente año, falleció en Bogotá el ilustre caballero santandereano don Enrique Otero D'Costa;

2º - Que tan digno señor aunó a los dones de su claro entendimiento una ejemplar voluntad para dedicarse al servicio de la patria, así en las labores políticas y administrativas como en las de escritor e historiador muy connotado;

3º - Que sincero en su afecto y admiración por la tierra de sus mayores y por los hombres que en ella nos antecedieron, dedicó a su exaltación y su recuerdo páginas excelentes como las que integran, entre otras obras suyas, los libros CRONICON SOLARIEGO y MONTAÑAS DE SANTANDER;

4º - Que la Academia de Historia de Santander cuenta entre los objetivos de su ejercicio dar testimonio de los hechos que dignifican la vida colectiva, y consagrar los nombres de quienes contribuyen a ameritarla,

RESUELVE:

Deplorar el fallecimiento de tan distinguido compatriota.  
Ponderar la vida y la obra de don Enrique Otero D'Costa, por todo lo que una y otra significaron como presencia de

un ciudadano integérrimo, como desvelo en el servicio de los intereses colectivos, como valiosa aplicación de la inteligencia a las disciplinas de las letras y de la historia, y como signo de una conducta que, dedicada a los más nobles objetivos, por sí misma se señala como ejemplo de todas las generaciones.

Transcribir esta proposición a la Academia Nacional de Historia y a los parientes del extinto.

Publicarla por la prensa, la radio y en la Revista "Estudio".

Presentada a la consideración de la Academia de Historia de Santander, en su sesión extraordinaria del día 12 de octubre de 1964.

Del señor Presidente de la Academia Nacional de Historia, me suscribo como su muy adicto servidor y compatriota,

*José J. Amaya M.*, Secretario de la  
Academia de Historia de Santander.

\* \* \*

Cúcuta, septiembre 14 de 1964.

Señor  
Presidente de la Academia  
Colombiana de Historia.  
Bogotá.

Gustosamente transcribo a usted, para conocimiento de esa Academia, la proposición aprobada por el Centro de Historia de este Departamento en su última sesión:

#### EL CENTRO DE HISTORIA DEL NORTE DE SANTANDER

se asocia al duelo que ha tenido la Academia Colombiana de Historia por el fallecimiento de su Miembro de Número don ENRIQUE OTERO D'COSTA, ilustrado patriota que enalteció las investigaciones de historia nacional con obras en que brillan sus atributos mentales, la pureza y elegancia del estilo, el amor a la verdad y ejemplar perseverancia.

EL CENTRO extiende su manifestación de pesar por la muerte del señor Otero D'Costa al Gobierno de Santander y a la Academia Santandereana de Historia.

Cumplida la comisión del Centro de Historia, me es grato suscribirme del señor Presidente atento servidor,

LUIS EDUARDO ROMERO, Presidente.

\* \* \*

Socorro, octubre 22 de 1964.

Señores  
Academia Colombiana de Historia.  
Att.: Señor Presidente  
Bogotá.

Muy distinguido señor:

Con la mayor atención me permito transcribir a usted y por su honorable conducto a esa noble Institución, la resolución aprobada por unanimidad en la sesión ordinaria del Centro de Historia del Socorro:

“EL CENTRO DE HISTORIA DEL SOCORRO,  
al tener conocimiento de la pérdida que para la Patria y para las letras colombianas entraña la prematura desaparición del nunca bien lamentado historiador santandereano doctor y maestro ENRIQUE OTERO D’COSTA, cuya magna obra quedará en las presentes y futuras generaciones como exponente muy significativo de lo que pueden el amor a Colombia y a la arisca tierra de Santander,

RESUELVE:

- a) Asociarse al duelo del Departamento y de la Nación por tan sensible fallecimiento;
- b) Guardar un minuto de silencio a la memoria del ilustre extinto;

c) Presentar a la Academia Colombiana de Historia y a la Academia de Historia de Santander el emocionado tributo de condolencia de este Centro, que lo contaba como a uno de sus más esclarecidos Miembros Honorarios de Número".

Sin otro particular, me suscribo de usted como su atto. s. s. y amigo,

AURELIO GOMEZ PARRA, Presidente del  
Centro de Historia del Socorro.

\* \* \*

Bogotá, 15 de septiembre de 1964.

Señora doña

TERESA OTERO DE URIBE y Hermanos

E. S. M.

Muy respetada señora:

La Academia Colombiana, en junta ordinaria celebrada anoche, aprobó por unanimidad la siguiente proposición, que me honro en transcribir:

"La Academia Colombiana lamenta el fallecimiento de su miembro correspondiente don ENRIQUE OTERO D' COSTA, historiador, ensayista y periodista, quien dedicó gran parte de su vida al cultivo de las letras y al ennoblecimiento de la carrera de escritor.

Copia de la presente moción será enviada por la Secretaría a la familia del ilustre desaparecido".

Al transmitir a usted esta moción de nuestra Corporación, le ruego aceptar la expresión de mis personales sentimientos de pésame, con los cuales quedo de usted muy atento y seguro servidor,

*José Manuel Rivas Sacconi,*  
Secretario Perpetuo.

Bogotá, septiembre 9 de 1964.

Señor  
Ricardo Mejía y señora  
Ciudad.

Tengo el honor de transcribir a ustedes la siguiente proposición unánimemente aprobada por el H. Comité Nacional de Cafeteros en su sesión del 3 de los corrientes:

“PROPOSICION NUMERO NUEVE (9) DE 1964  
(Septiembre 3)

El Comité Nacional de Cafeteros deplora el fallecimiento del señor ENRIQUE OTERO D’COSTA, quien fuera miembro de la Corporación por varios años, y distinguidísimo ciudadano, y se permite presentar el testimonio de su sincera condolencia a sus hijos: señores Ricardo Mejía y señora Eugenia Otero de Mejía; Pablo Tamayo y señora Leticia Otero de Tamayo; Alonso Otero de la Espriella y señora Elsa Enciso de Otero; Luis J. Uribe M. y señora Teresa Otero de Uribe; Jaime Otero de la Espriella y señora Ruth Donahue de Otero, y a sus hermanos señores Benjamín, Pedro Elías, Ester, Genoveva, Isabel y Carlos Otero D’Costa y María Otero v. de Matiz”.

Con toda consideración,

*Federación Nacional de Cafeteros de Colombia*

JOSE FERNANDO JARAMILLO H.,  
Secretario General.

\* \* \*

Bogotá, D. E., agosto 28 de 1964.

Señor  
Presidente de la Academia  
Colombiana de Historia.  
La Ciudad.

Muy apreciado señor y amigo:

Nos permitimos transcribir a usted la proposición aprobada por nuestra Junta Directiva, en su última sesión:

“La Junta Directiva, el Gerente General y demás funcionarios del Banco del Comercio, lamentan sinceramente el fallecimiento del doctor ENRIQUE OTERO D’COSTA, prominente hombre público, y expresan al señor Presidente de la Academia Colombiana de Historia y a sus distinguidos Miembros, sus más sentidas manifestaciones de pesar por tan luctuoso acontecimiento”.

Con sentimientos de consideración y aprecio, nos es grato suscribirnos de usted como sus atentos amigos y seguros servidores,

BANCO DEL COMERCIO.

*Julio C. Bolaños G.*

Sub-Gerente

Secretario General.

\* \* \*

Caracas, 15 de septiembre de 1964.

Señor doctor don  
Oswaldo Díaz Díaz,  
Secretario de la Academia  
Colombiana de Historia.  
Bogotá.

Muy distinguido colega y amigo:

Por la prensa de esa, recibida con cierto retardo, me he informado de la sentida desaparición del eminente académico don Enrique Otero D’Costa, a quien tanto admiré y con quien me unió una cordial amistad.

Esta lamentable pérdida resta a la Academia un alto valor cultural y un especialista en la historia colonial colombiana. Además, un fino y agradable charlista y un agradableísimo "conversador". Su muerte es altamente lamentable.

Me valgo de esta, para enviarle a la Academia Colombiana mi sentida palabra de condolencia por tan irreparable pérdida, y le ruego transmitírsela, igualmente, a la familia del académico desaparecido.

Aprovecho la oportunidad para renovar a usted las seguridades de mi distinguida consideración.

Muy atento colega y amigo,

CARLOS FELICE CARDOT

## COMENTARIOS DE LA PRENSA

Del BOLETÍN DE HISTORIA Y ANTIGÜEDADES.

INFORME ANUAL DE LABORES  
PERIODO ACADEMICO 1963-1964

Presentado por el Secretario Oswaldo Díaz Díaz, en la sesión solemne del 12 de octubre de 1964.

Dijo el doctor Eduardo Santos, Presidente Honorario Vitalicio de la Academia, que Enrique Otero D'Costa era el último de nuestros grandes, parangonándolo con figuras tan egregias como las de Pedro María Ibáñez y Eduardo Posada. Ahora, con la certidumbre de su falta, esta afirmación cobra caracteres de dolorosa evidencia. Porque a sus dotes de historiador tan extenso, variado, acertado y exigente, unió Enrique Otero D'Costa atributos humanos de verdadera grandeza que contribuyen a hacernos más sensible su pérdida. Patriota desvelado, hombre de acción y hombre de inteligencia, combatiente en los campos sangrientos de la contienda civil y promotor de empresas de progreso en los tiempos de paz, compañero alegre en las horas de regocijo e investigador laborioso en las horas de estudio, amigo sin egoísmos y escritor atildado en variados géneros literarios, su presencia en esta Academia fue siempre alentadora, útil y deleitable. En él honró el Gobierno Nacional, por medio de la alta condecoración que le impuso cuando ya su recia naturaleza iba

de vencida hacia la muerte, no sólo a su persona sino a toda la Corporación en su pasado y en su presente.

En sobrio acuerdo de honores dispuso la Academia poner especial empeño en la publicación de sus obras completas, iniciativa ésta que ha tenido el más generoso y entusiasta respaldo en la familia de nuestro compañero.

En este mismo recinto donde estamos evocando su memoria, se ofició una sencilla misa de sufragio para impetrar de Dios el eterno descanso de alma tan selecta.

### ENRIQUE OTERO D' COSTA

(“El Tiempo”).

Colombia acaba de perder uno de sus historiadores más destacados y fecundos. Desde su adolescencia hasta su muerte, Enrique Otero D'Costa fue un enamorado de su país y un convencido de que la mejor manera de exaltarlo era conocer la integración pasional a través de los años.

Fue un investigador infatigable. No se contentaba con esclarecer los hechos y revivirlos, sino que con facilidad cierta se adentraba en el pasado, buscando las raíces y siguiéndolas hasta el presente para que los amigos de la Filosofía de la Historia pudieran proyectarlos en el porvenir.

Más de 10 volúmenes serán necesarios para encerrar los trabajos completos de Otero D'Costa. Escritor ágil, en cada uno de sus estudios los hechos tienen contornos precisos para analizar a los héroes y no solamente esculpe la silueta, sino que hace un esfuerzo denodado para llegar a su espíritu, para hacerlo vivir. De ese modo encontraba el medio de hacerlos más humanos y dignos, de una manera de demostrarlos con ese empeño apasionado que puso siempre en sus ensayos históricos.

Pero por encima de todas las cosas, Otero D'Costa fue el maestro bondadoso y amigo sin par. Rodeado de documentos, libros y fechas históricas, con su permanente hidalguía recibía a los que necesitaban de su ayuda o de su consejo. Para todos tenía el contenido de un documento inédito, una investigación aún sin terminar y una orientación nueva y audaz de los acontecimientos. Estaba noblemente convencido de que su material de trabajo se hallaba destinado a la Historia de Colombia, y que por tanto pertenecía a quienes se dedicasen

a escribirla. Y esa ayuda era tanto más segura, cuanto que en su anhelo por conocer nuestra historia había abarcado todas sus épocas, en todos sus aspectos, todos sus secretos. Pocos historiadores ha habido en el país que hayan tenido un conocimiento tan integral de nuestra historia.

Enrique Otero D'Costa cumplió con su deber, dignificó los héroes, llevó sencillamente la fama y ennobleció la amistad.

La Academia de Historia honrará su memoria. Su sillón vacío recordará por mucho tiempo sus calidades ejemplares y dará testimonio de su sentimiento por la desaparición de un gran historiador y de un gran ciudadano.

General JULIO LONDOÑO L.

#### ENRIQUE OTERO D'COSTA

Después de haber alcanzado los más altos, francos y cordiales títulos de admiración que puedan rendirse a una clara inteligencia y a una personalidad insigne, falleció ayer en la capital de la República don Enrique Otero D'Costa, uno de los más esclarecidos tratadistas de la historia colombiana y hombre en quien se confundieron las más afirmativas virtudes cívicas. Una prolongada dolencia había diezmado paulatinamente su recia estampa de hidalgo, no ensombrecida por los años ni por los duros trabajos. Antes bien configurada como admirable representación humana de la patria, a la que él sirvió y amó con fervor indeclinable.

Enrique Otero D'Costa procedía de ilustres familias santandereanas, en cuyo seno nació el 26 de enero de 1883. No pudo seguir en su juventud las metódicas disciplinas de la filosofía y de las letras—como se decía antes del bachillerato—porque los vientos de la guerra civil interrumpieron su aplicación académica. Pero se inició entonces para el ya vigoroso exponente santandereano una luminosa trayectoria, que en los campos de batalla lo llevó a ser Ayudante de Campo del General Benjamín Herrera, y que le permitió ser también progresista hombre de empresa, gestor de negocios, periodista entusiasta, escritor escrupuloso, parlamentario, eficaz funcionario público y, por sobre todo, hombre de recio carácter y de nobilísimo sentido de la independencia.

El aspecto sobresaliente de su existencia fue, sin embargo, el de su dedicación a los estudios históricos, que quiso adelantar siempre con vivo espíritu de investigación, de rectificación y de crítica, y que inició a raíz de un provechoso viaje por varios países de Europa, al finalizar la primera década del siglo. Fruto de esa dedicación fue su ingreso al entonces Centro de Historia de Cartagena, en mayo de 1915, y su posterior inclusión en la nómina de la Academia Colombiana de Historia, de la que fue miembro correspondiente desde 1917 y numerario desde 1924.

Pocas realizaciones de índole histórica tan pródigas como la suya, que se tradujo en la fundación de varias publicaciones especializadas, en doce documentados libros de investigación, en más de ochenta ensayos y artículos diversos, en cuarenta informes especiales, y en cerca de medio centenar de conferencias y discursos. Por los méritos de esa labor insigne, el Gobierno Nacional le otorgó la Gran Cruz de la Orden de Boyacá, que por delegación expresa del primer mandatario le impuso el doctor Eduardo Santos, precisamente el día en que el brillante historiógrafo cumplía sus 81 años.

En esta ocasión el doctor Santos destacó lo que fue el signo primordial de la existencia de Otero D'Costa. El de haber sido, en todo tiempo y lugar, en todas las circunstancias, un auténtico buen ciudadano, en el alcance ejemplar de la palabra. Su vocación de servicio, su capacidad creadora, su nobleza de espíritu, su amor por la patria, su devoción por las instituciones, su emocionada identificación con las raíces mismas de la nacionalidad, le otorgaron ese imponderable carácter que ahora —nuevamente— se le reconoce y exalta con ocasión de su muerte. Que representa para la patria la sensible pérdida de uno de sus más eminentes hijos, que tenía de su historia la más aleccionadora comprensión humana.

RICARDO ORTIZ McCORMICK.

(“El Tiempo”, Bogotá agosto 26 de 1964).

## DEL MANIZALES QUE SE FUE

Por MIGUEL

ENRIQUE OTERO D' COSTA

A la edad de ochenta y un años falleció a las doce del día del martes último, en la capital de la República, el doctor Enrique Otero D'Costa, uno de los más ilustres historiadores colombianos.

Otero D'Costa residió en Manizales durante varios años, en la segunda década de este siglo, al lado de su bellísima esposa doña Raquel de la Espriella, pianista eminente y dama clarísima. Fue fundador de "Archivo Historial", cuyo primer número apareció en agosto de 1918. "Archivo Historial" tuvo una corta pero meritisima vida, pues se trataba de una auténtica enciclopedia histórica. La importantísima publicación duró hasta noviembre de 1923, cuando Otero D'Costa trasladó su residencia a Bogotá, para ocupar el cargo de Tesorero de Rentas de la capital de la República.

En la edición número 8 y 9 de "Archivo Historial", correspondiente a los meses de marzo y abril de 1918, publicó un delicioso "Reportaje a dos fundadores de Manizales". Se trataba de don Ignacio Arias y don Alejandro Echeverri. Reproducimos hoy el a don Ignacio Arias. Nos proponemos en edición de mañana, reproducir el a don Alejandro Echeverri:

"El sol de agosto cae a plomo sobre las colinas de verde esmeralda. En el valle estrecho, bajo los sotos frondosos, se oye un sonoro reír de aguas.

En un sauce vecino escúchase el ritmo pausado de la cigarra, la vieja cigarra que, "cantando, pasó el verano entero..." Caemos al valle. Atravesamos un hermoso puente a cuyos pies, y en medio de aristiados pedrejones, se ven deslizarse rápidamente las blancas crines del Chinchiná que desaparecen vaguada abajo, en busca del Padre Cauca. Subimos luego un repecho y mientras las cabalgaduras siguen fatigosamente el camino que se enrosca por el flanco de la sierra, los jinetes charlamos hilvanando el animado diálogo entre las azules espirales de humo de nuestros cigarros.

Prontamente llegamos a la aldea de María o Villamaría, que de ambos modos se le nombra. Hace cosa de setenta años (nos dijo un viejo raizal) Villamaría no era más que un pobre caserío que servía de cabecera al partido de Chinchiná. Aquel grupo de casitas se nombraba entonces "La Capilla"; abarcaba una pequeña área, en lo que hoy se llama barrio de "La Capilla", apelativo que le viene de una capillita que en él se veía y en la cual se celebraban los oficios divinos del Partido. Hoy no existen de ella ni los cimientos.

Llegamos al paradero y descabalgamos. Hémos luego en las calles. Desembocamos en la plaza del poblado que es amplia, con su parquecillo, en cuyo centro, sobre un pilón de berroqueña, se desmaya alegremente el agua fontanera. Sirve de fondo a la plaza el curioso cono de San Cancio, que da al paisaje cierto sabor japonés. En la esquina sur se alza, clara y limpia, la parroquial. Cruzan de pronto el umbral dos devotas; vieja la una, de rostro ascético; su silueta parece escapada totalmente de un cuadro de Zuloaga. La otra, niña ella, en pleno abril, fresca y rozagante como la mejor manzana del huerto provinciano. La vista de aquella zagaleja, alegoría de la aldea, trajo a mi espíritu ideas amables y pensé: bonita población esta, con su cielo lombardo y sus innúmeros barbechos y huertos fecundos en hortalizas y en olorosos frutales que vienen a abastecer la capital caldense...

Continuamos nuestro camino y allí a pocos pasos llegamos a la casita, meta de nuestra peregrinación. Cruzamos el patio que el sol bendecía y los claveles y rosas glorificaban. Llamamos. Atendiéosenos y se nos hizo entrar con voz hospitalaria; tomamos asiento en una habitación limpia y arreglada. Allí nos recibió amablemente don Cleto Arias, el hijo del dueño. Le manifestamos nuestros propósitos y sin dilación accedió a ellos.

—¡Padre! ¡Padre! —llamó don Cleto con voz vigorosa—, y a su conjuro se presentó en la sala un viejecillo cenceño, de mirada acerada y cara plácida en la que se destacaba la nariz un tanto aquilina. Sus cabellos blancos le cubrían la cabeza cual una venerable toca de armiño. Traía en la mano un largo y viejo cayado, que hacía recordar las figuras pastorales del viejo testamento... Teníamos frente a él a don Ignacio Arias, un genuino representante de la raza vigorosa que alienta en estas montañas; uno de los cimentadores de

Manizales, y sobre cuyas espaldas reposa la majestad de un siglo, como que el 31 de julio postrero había celebrado el advenimiento de su centenario. Sus facultades están aún vigorosas. Sus sentidos en cabal ejercicio.

Tomó asiento y nos interrogó con la mirada. Expusimosle los deseos que nos habían llevado a visitarle, y sus ojitos se animaron. Para empezar la charla, uno de mis compañeros le ofreció un veguero de Girón, que encendió con pulso firme. Luego entró en materia:

—Fue en 1849 cuando se empezó a preparar el terreno para fundar la población en el sitio que hoy ocupa. Antes se había pensado hacerlo en La Enea, y aún se alcanzó a desmontar un buen trayecto, mas don Marcelino Palacio fue opuesto a ello, basándose en que dichos lugares no ofrecían ventaja estratégica alguna y de ahí que, a propuesta del mismo se decidiera finalmente asentar la ciudad en el lugar en que hoy se halla y en un lote cedido en efecto por don Manuel Grisales. (Aquí, comentamos, no debe perder de vista el lector que, en aquellos tiempos, dada la existencia de los Estados Soberanos, y el ser la vieja Antioquia antagonica en ideas políticas del antiguo Cauca, la idea de don Marcelino era muy puesta en razón. Díganlo si no las huestes de Mosquera en el año sesenta y las de Trujillo en el setenta y seis...)

—En el mismo año de 49 —continuó don Ignacio— trazáronse las calles y la plaza, labor que desempeñaban con más notoriedad don Joaquín y don Antonio María Arango. Don Antonio Ceballos fue quien repartió los solares y a mí me fue adjudicado un lote situado en el punto en que hoy está el Palacio de la Gobernación, lote que no conservé.

Interrogamos al anciano por la primera iglesia.

—Fue la primera iglesia, respondió, una capilla que se levantaba al costado del lugar en que hoy está la catedral, en el mismo sitio en que vemos hoy la plazoleta de la gradería. La esquina donde hoy se alza la catedral estaba ocupada entonces por la casa de don Nepomuceno Jaramillo. Varios años después (no pudo precisar la fecha) la iglesia de paja fue reemplazada por otra de mejores hechuras y que tuvo un frontis bastante notable al que ornamentaban algunas imágenes de bulto, entre las cuales recuerdo la de San Pedro. Para esta ampliación del templo donó don Nepomuceno

Jaramillo el sitio que ocupaba su casa. El frontis aludido fue destruído en los temblores del año de setenta y seis.

Habla ahora don Ignacio de las primeras casas y de los primeros pobladores.

—Si mis recuerdos no me engañan, la primera casa que se construyó en la nueva población fue la de don Ignacio Londoño, en el mismo lugar en que hoy está la de don Alejandro Gutiérrez, haciendo esquina con la catedral; la segunda fue la de don Nepomuceno Jaramillo, ya dicho. Estas casas fueron de bahareque y de techumbre de cáscaras de cedro. De los primeros fundadores de la ciudad recuerdo ahora: don Vicente Gil, que de tiempo atrás se había establecido en La Linda; Manuel María Grisales, sonsoneño; Antonio Ceballos, marinillo “o de esos lados”; Ramón Chaverra, de Rionegro; Ignacio Londoño, Nepomuceno Jaramillo, José Jaramillo, Antonio María Arango y Joaquín Arango, todos de Abejorral; Víctor Castaño, de Sonsón, y don Marcelino Palacio. Don Nepomuceno Jaramillo fue el que primeramente trajo mercancías a Manizales, en el año de 1850.

Tales fueron los principales relieves que pudimos destacar de la interesante conversación tenida con don Ignacio Arias, último sobreviviente de aquellas generaciones que descuajaron las florestas centenarias y que desalojaron las fieras de sus guaridas, para fundar las ciudades y pueblos que hoy se desparraman orgullosamente por los flancos y crestas de los Andes caldenses, en uno de cuyos más altos picachos se empiña Manizales, cerca a las nieves perpetuas del Ruiz... Concluida nuestra tarea nos despedimos de aquel buen viejecillo, que fue súbdito de don Fernando VII “El deseado”, y ha visto gobernar a todos los presidentes de Colombia; que oyó los disparos del Santuario y los dobles que las campanas de la Gran Colombia dieron por Bolívar...

Al despedirnos de él, al dejarle allí en su vieja silla, acabando la tarde de su vida, apaciblemente, bajo el cielo de la aldea, dijimosle:

—Dios permita pueda celebrar usted su segundo centenario...

—Ah, no, replicónos lentamente. Y en su acento notamos el tedio de vivir”.

(De “La Patria”, Manizales).

## OTERO D' COSTA

“En sesión pública y solemne que se iniciará a las 6 y 15 de esta tarde, y durante la cual pronunciará el discurso de ocasión el académico numerario don Alberto Miramón, la Academia Colombiana de Historia rendirá homenaje a la memoria de don Enrique Otero D'Costa, quien fuera uno de sus más ilustres miembros. La Academia ha querido evocar su insigne recuerdo como justificado reconocimiento a su personalidad y a su obra.

Infatigable hombre de estudio, combatiente de la guerra civil, viajero acucioso, investigador admirable, acertado gestor de empresas, pulquísimo funcionario público, escritor y periodista de afirmativo estilo, y por sobre todo eso patriota integral, Otero D'Costa fue realmente uno de esos varones ejemplares que enaltecen a su pueblo, y lo sirven y representan con luminoso espíritu.

Fue el conjunto de esas altas condiciones humanas lo que llevó al gobierno nacional a otorgarle la Gran Cruz de la Orden de Boyacá, que le fue entregada en oportunidad solemnísimamente el 26 de enero de 1964, hace precisamente un año, cuando llegaba a los 81 años de su edad. Algunos meses después, el 25 de agosto, cuando su recia personalidad de patriota santandereano fue abatida por la enfermedad, la certidumbre de esas mismas virtudes congregó a las gentes en torno a su féretro, en acto de conmovida admiración.

El homenaje de hoy no solo se rinde al académico y al letrado, sino, primordialmente, al patriota, que tuvo por la patria muy viva y apasionada devoción irreductible, identificado con ella en todos los instantes, así los jubilosos como los amenazantes, de su destino histórico”. (De “El Tiempo”).

\* \* \*

## ENRIQUE OTERO D' COSTA

“Con la desaparición de Enrique Otero D'Costa pierde Santander a uno de sus valores más sustantivos, de la generación del Centenario. Nacido en Bucaramanga, la tierra de sus mayores, en el seno de una familia ilustre, fue su padre

el eminente jurista y hombre público doctor Pedro Elías Otero, de grata memoria para sus contemporáneos. No concluyó estudios universitarios, como sí los hizo su hermano Pedro Elías, residenciado en Barranquilla, donde como su padre, también ha descollado en el foro y merecido la confianza de las más respetables casas comerciales. Pero Enrique sobresalió por su despejada inteligencia y su paciente consagración al estudio, en los ratos que le dejaba libres su dedicación a las actividades comerciales.

No tuvo Santander un historiador más concienzudo y brillante que Enrique Otero D'Costa. Fue autor de numerosas obras que acreditan su saber y disciplina en este ramo, y en todas ellas se reveló como un investigador sagaz que da a los hechos su verdadera significación y reconoce a los hombres la participación de la nacionalidad.

Una de sus obras fundamentales y de máximo aliento fue su "Cronicón Solariego", editado por los años en que residió en Manizales. Es la historia fidedigna del hoy departamento de Santander y de su capital, Bucaramanga, amenizada con numerosos relatos de episodios interesantes que dan relieve a nuestra tierra y nuestras gentes. La fundación de Bucaramanga tiene en ella capítulos especiales; y desde que esa obra fue escrita, se difundió el conocimiento de que fue don Andrés Páez de Sotomayor, allá por los tiempos de la Colonia, quien trazó los lineamientos de lo que primero fue un pueblo de indios, luego una villa que gozó de las preferencias de los conquistadores asentados en Girón y dedicados a las explotaciones auríferas, y por último una ciudad que fue creciendo con los años y alcanzó más tarde, a raíz del nacimiento de la República y con la institución del sistema federativo de gobierno, la categoría de capital del Departamento de Santander.

Enrique Otero D'Costa vivió mucho tiempo en Barranquilla al servicio de la firma Gerlein & Co., atendiendo a los menesteres de la navegación fluvial y de la nacionalización de mercancías importadas, hasta que la misma firma lo envió a Bogotá como su gerente de negocios, cargo este que desempeñó con gran competencia y en el que supo y pudo prestar, como en el de Barranquilla, invaluable servicios al comercio santandereano.

El amor de su tierra fue una de las características más acusadas de su temperamento. Llevaba a Santander en el corazón y en el alma, y hacía todo lo posible por rendirle, cuando llegaba la oportunidad, el homenaje de su fervorosa adhesión y su cordial simpatía. Como sus antepasados, estuvo afiliado al partido liberal, y en la guerra de los mil días tomó parte, siendo todavía un niño de 14 años, distinguiéndose por su valor y espíritu disciplinario.

No fue un político en el sentido estricto de la palabra, aunque tampoco un indiferente a las cosas de la política. Le preocupaba la suerte de la nacionalidad y de su sección, y solía comentar los sucesos diarios con discreción y serenidad, lejos de todo extremismo. Porque fue ante todo un temperamento equilibrado, de gran señor, que solía poner su nota de humorismo a las situaciones complejas.

En gracia de sus merecimiento y abundantes virtudes cívicas el liberalismo santandereano lo eligió en una ocasión para vocero suyo en la Cámara de Representantes, en calidad de principal, y como tal actuó con gran lucimiento, presentando proyectos de ley, animando la solución de los problemas de esta sección e interviniendo con su palabra mesurada en la discusión de cuantos asuntos suscitaron su interés de legislador.

Después la gobernación lo designó para Agente Fiscal de Santander en Bogotá, cargo en el cual perduró por muchos años y en el que puso todo su dinamismo al servicio de los intereses de esta tierra, para ayudarla en el logro de sus aspiraciones y la formulación de sus reclamos ante las altas esferas oficiales.

El fallecimiento de tan insigne varón que concentraba en su seductora personalidad todas las virtudes de su estirpe, enluta a Santander y llena de pesadumbre a sus familiares y amigos. Entre éstos, y de los más afines, tuvimos la honra de contarnos; y la noticia de su deceso nos afecta como si se tratara de un hermano, pues lo fuimos en las disciplinas de la inteligencia y en la consagración al servicio de nuestros coterráneos". (De "Vanguardia Liberal").

ENRIQUE OTERO D' COSTA,  
UN CABALLERO ANDANTE DE LA HISTORIA

“Enrique Otero D'Costa se ha hundido en el misterio de la muerte, con su silueta cortante de Quijote espiritual, con sus perfiles inconfundibles de Manchego santandereano y de caballero andante de la historia. Porque Otero D'Costa, el más afectuoso historiador vocacional de su generación tenía una figura humana tan interesante como su rostro interior. Nacido de familias castizas en solares de Santander, después de una prolongada visita a la vieja Europa, dedicó su vida al estudio apasionante de la historia, campo dilatado y profundo en el que espigó sus mejores triunfos de escritor y de exhumador de los actos y de los hechos humanos. Escribió más de una decena de libros y un centenar de ensayos, plenos de conocimiento, de humor profundo y de sencilla y humana sabiduría. En Europa se dio cuenta perfecta de que nuestra historia, la mayor parte inédita o anónima, era tan interesante y tan apasionante como la del viejo Continente, con figuras universales, en su expresión heroica y anecdótica y que, si no se había manifestado en toda su plenitud, ello se debió a la falta de escenario ecuménico y en muchas ocasiones, por ausencia de los elementos de difusión expansiva que han tenido otras culturas y otras civilizaciones en el pretérito. El mismo espacio-tiempo histórico que correspondió a Otero D'Costa en el desenvolvimiento de la cultura colombiana fue de transición y de ausencia de instrumentos y de medios para proyectar hombres, sombras y acontecimientos hoy más distantes y el estruendo de una civilización avasallante.

Como reflejo de historia auténtica nos dejó su admirable **CRONICON SOLARIEGO**, en que el espíritu del gran escritor santandereano dejó impresas sus querencias, sus devociones espirituales e intelectuales y las sombras patricias del buen tiempo que pasó, como decían nostálgicamente los poetas románticos del Centenario.

Nosotros tuvimos la impresionante oportunidad de conversar con don Enrique Otero D'Costa hace precisamente quince días, en sus oficinas privadas de Gerlein y Compañía de Bogotá, firma comercial a la cual estuvo vinculado des-

de un principio por la inteligencia y el corazón. Y a pesar de que el hombre se hallaba quebrantado por una antigua enfermedad bronquial, nada nos anunciaba su próximo fin. Su mente estaba clara y transparente, sus palabras eran firmes y cortantes, como su carácter; su voluntad recia, como de espada, sus ojos acerados y firmes; su nariz aguileña; sus manos huesudas y finas; sus brazos ágiles y accionantes; su frente despejada y serena; sus dedos ágiles y accionadores, su voz un tanto silbante, pero firme.

Dos semanas después nos sorprendieron con la noticia de su muerte. Se tendió en el lecho a morir definitivamente, porque sabía que "de esa no pasaba", para recordar una frase santanderena empleada por el poeta Cote Lamus en la muerte de su padre. Y no volvió a recibir nada, ni pan, ni agua, ni drogas. Se encerró, en un implacable silencio, como para alzar el primer muro a la muerte. Y al fin y al cabo, ¿qué es la muerte, sino el silencio? Un silencio tremendo e inaudito, como un grito infinito, de acuerdo con la imprecación del poeta.

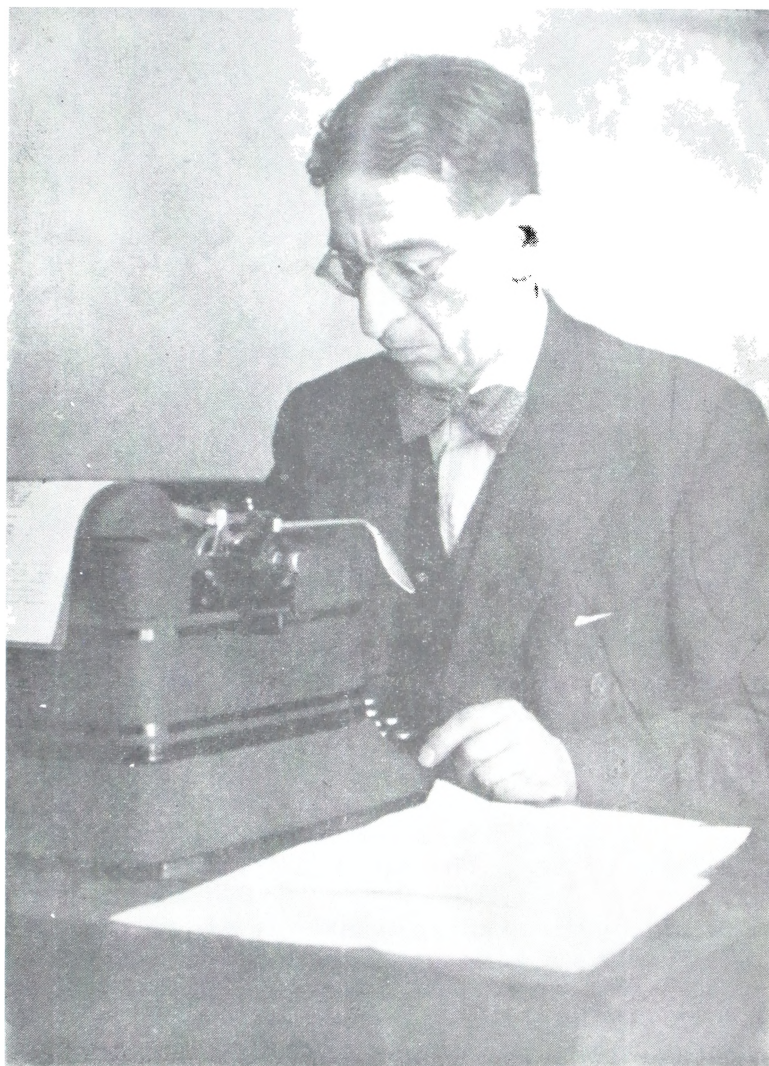
Y el gran hidalgo santandereano se ha hundido definitivamente en la sombra, que no es sino luz que ha ido pensando más intenso! Y ya no veremos ni su silueta magra, ni sus perfiles sutiles, ni sus ojos buídos, ni escucharemos el rasgueo de su pluma sobre los pergaminos de la historia. Enrique Otero D'Costa era acaso la última figura representativa del Centenario hidalgo, decorado y condecorado por los rostros de los grandes patricios. Fue hombre de suma y de pluma, de acción y de emoción, de pensamiento y de acto. Como su figura era huidiza y delgada como los guayaquanes jóvenes, Enrique Otero D'Costa daba la impresión exacta de la caña pensante del escritor galo. Su misión era el pensar y fuera de este acto interior la vida no hubiera tenido para él ningún significado. Con su muerte pierde Santander no solo una figura espiritual sino un hombre, en el sentido goetiano de la existencia. La República despide a uno de sus varones egregios, a una de sus más grandes imágenes espirituales, a un valor quintaesenciado, a un símbolo de su cultura y de sus letras. Nosotros recordaremos siempre a este noble varón, de señera y de sequiza estampa, de parla sutil, de ademanes aristocráticos, de noblotas maneras, de castellanitas aposturas. Aún volver a reproducir esta figura huma-

na es muy difícil, en estos tiempos de la ordinariez y de la civilización en serie.

El Congreso de la República, el Gobierno de Santander, la Asamblea Departamental deben honrar su memoria porque fue un repúblico, un colombiano eminentísimo y un santandereano inconfundible. Santander llora la muerte de tan insigne hombre de su tierra y de su paisaje, y guardará en la memoria colectiva el rostro de quien bien merece esculpirse en la piedra de sus montañas y en la medalla de sus rocas, que son los escudos del horizonte.

Viva en paz vida eterna Enrique Otero D'Costa, y que el olvido no se detenga nunca ante su tumba, ya que él fue un caballero andante de la Historia y un permanente exhumador del pasado y un mago de la leyenda y del recuerdo . . .!"

(De "El Frente" de Bucaramanga).



ENRIQUE OTERO D'COSTA

## LA MISA DEL GALLO

(Cuento premiado en el concurso  
abierto por la Sociedad de Autores).

A *Julio Vives Guerra*.

En aquel glorioso entonces mi infancia se deslizaba tranquila en medio de los campos; un cielo perennemente azul, un horizonte de verde eterno, un ambiente saturado de emanaciones forestales...

¡Días felices aquellos de mi apacible niñez!

Diciembre había venido y con él la navidad de los buenos campesinos, cargada de suaves recuerdos, ahita de dulces remembranzas.

—Madre, ¿me dejarás ir con Casilda a la *Misa del Gallo*?

—¡Anda, hijo, pero te manejarás con mucho juicio!

Y en la noche de la Navidad la vieja Casilda golpeó con sus nudillos a la puerta de nuestros aposentos familiares diciendo suavemente:

—¡Niño Fin (así me llamaba cariñosamente), niño Fin, que nos coge la tarde! Niño Fin, que ya se nos viene el día!

Salté del lecho, ligero cual una perdiz, y a pocas vueltas emprendía con la vieja cocinera, la ñuá Casilda, el camino de la aldea. Nuestra hacienda quedaba situada en la cumbre de una serranía y la separaba del pueblo cosa de una legua de descenso.

Tomamos la veredilla a lo largo de los cucharales y de los pastos bienolientes, para entrar seguidamente al escarpado camino real.

—“Güenos días”, decíannos mansamente los campesinos que, engalanados con su traje dominguero, nos iban dando alcance en su camino hacia la aldea en busca de la *Misa del Gallo*, tan arraigada en los Andes de Santander.

—“¡Santos y güenos nos los dé mi Dios!”, contestaba invariablemente la voz cascada de la vieja Casilda.

Y los sencillos devotos nos tomaban pronto la delantera, desapareciendo luego de nuestra vista entre las sombras espesas de las arboledas.

—¡Mire, niño Fin,—exclamó de pronto la anciana—, mire la santísima estrella de Belén!

Y era lo cierto, porque hacia la parte del Poniente se divisaba la santa estrella cuyos reflejos bañaban apaciblemente a las dormidas montañas y a los valles silenciosos.

—Dígame, ñuá Casilda, ¿y esa estrella es la misma que guía a los Reyes?

—¡La *mesma!* ¡La *mesmita!*

—¿Y los Reyes por dónde vienen?

—Mírelos allá, en derechura del pico de *Alto Bravo*. Son tres estrellitas en *jila!* ¿Las *vido?*

—¡Sí! ¡Sí!

—*Pus* la delantera es Gaspar; la que se le sigue es Melchor y la zaguera es Baltasar, *ques* el rey que *prejerimos* los *probes*.

—¿Y por qué los pobres quieren más a Baltasar?

—Porque era morenito y nunca miró con mal ojo al *probe*. Baltasar *jué quen trujo* el incienso, Melchor el oro y Gaspar la mirra.

—¿Y cómo se llama aquella otra estrellita roja?

—¡Ajá! Esa es la Verónica, que es de ese tinte porque la salpicó la santísima sangre de Nuestro Señor Jesucristo cuando ella le enjugó su bendito rostro con el paño... Mire, cerquita *della* alumbra la Cruz de Mayo!

—¿Y cómo puede salir la Cruz de Mayo en diciembre?

—Porque en esta noche salen todas las estrellitas del Cielo *pa* festejar la venida del Niño Jesús. Las únicas que no salen son las Siete Cabrillas, porque como el cabro es la *mesmita jigura* del diablo...

Aquí santiguóse Casilda devotamente, y ya continuaba con sus noticias astrológicas en cuya ciencia era muy ducha, como que su abuelito había sido pastor, cuando el murmullo del



**Entramos en el riachuelo**

cercano riachuelo interrumpió nuestra conversación, anunciando que nos aproximábamos al poblado. En breve llegamos al manantial cuya ribera estaba alfombrada bellamente con las flores de unos valentísimos anacos que por allí se aparecían, y entonces fueron de verse los preparativos y precauciones que adoptaba Casilda para atravesar la corriente.

—¡Arremánguese bien el calzón! —me gritaba la anciana para dominar la orquesta del agua, al paso que me asía fuertemente con su mano sarmentosa.

Casilda, a su turno, se recogió la falda hasta la rodilla y entramos en el riachuelo con mucho tiento, procurando hacer un feliz vado a favor de la luz sideral.

—¡Jesús, qué frío! ¡Si es *quel* agua muerde mismamente!

Y tal era la verdad, porque el arroyo descendía de lo alto de la montaña, y así, sus aguas bajaban heladas como el granizo.

Rápidamente ganamos la orilla opuesta y allí Casilda hizo alto para bañarse las descarnadas pantorrillas y ponerse luego las alpargatas que había traído atadas a la cintura durante el camino.

¡Ti-lán! ¡Tali-lán! ¡Ti-lán! ¡Tali-lán! Se oyeron las campanas parroquiales llamando a la *Misa del Gallo*.

Al entrar al pueblo vimos la cruz del caminante, y la abuela, quitándose su sombrero raspón, persignóse devotamente, exclamando por tres veces: “¡Adorámoste Cristo y bendecímoste, que por tu Santa Cruz redimiste al mundo!”

—¡Amén! —respondíale yo, al rematar cada invocación.

—¡Apreten el paso! —nos dijo ñor Agapito al darnos alcance— ¡Miren que ya dan el *deje*!

—¡Ay! ¡Niño Fin! —exclamó la vieja con voz desmayada —¡Apure ligerito! ¡Apúrese, por la Virgen, que vamos a perder la misa! ¡Santa Rita, mi patrona, ayúdanos!

¡Ti-lán! ¡Tali-lán! ¡Ti-lán! ¡Tali-lán!, llamaban las campanas vocingleras, y su repique se oía cual una alegre canción que se esparcía suavemente entre las granjas y las alquerías, y que se enredaba entre las arboledas, desparramando sus voces monte arriba, transportando sus apacibles acentos a lo más escondido de los valles y a lo más abrupto de las cumbres de las montañas vecinas.

Cuando la campana chiquita daba el *deje*, traspusimos el pórtico de la iglesia, y al entrar bajo las naves la vieja se

desgajó sobre cara y pecho unas cuantas cruces. Luego me condujo a la pila de tosca piedra, donde nos persignamos muy devotamente con el agua bendita.

La misa empezaba y nos arrodillamos prontamente al pie de una columna. Poca luz reinaba en el templo, con lo cual los fieles se veían entre la penumbra como fantasmas que se desvanecían... Solamente en el altar mayor autoiluminaban sus agonías algunos cirios en medio de una inundación de flores silvestres, aromosas y brillantes.

Y mientras que en el altar oficiaba el sacerdote, en el coro cantaba el sacristán acompañado de algunos chicos de la aldea, aquellos viejos villancicos que empiezan:

*¡A Belén, Pastores!  
Que ha nacido un niño  
Más bello que las flores,  
Más blanco QUEL armiño!*

Y al celebrar la comunión, cuando el señor cura masculaba sus latines, se escuchaba al monacillo que asesoraba con la campanita del Santo Viático: ¡Tilín-tilín! ¡Tilín-tilín! ¡Tilín-tilín!

El cansancio del camino me dominaba y el sueño empezaba a besarme los ojos. Entonces me recliné en el regazo de Casilda y, lentamente, al compás de las preces que ella rezaba, me fui sumiendo en una especie de somnolencia al arrullo de la música arcaica de los villancicos. Cuán ricamente me iba durmiendo...

De pronto... ¡Gran Dios! Vi, sin saber cómo, que el Niño Jesús descendía desde su pesebre, construido en el altar en medio de la mulita y el buey, vi, digo, cómo el Niño Jesús voló hacia mí y cómo, acercándose, me acarició con su manecita blanca color de nube. Luego vi cómo me besó dulcemente en las mejillas y sentí en mi piel el suavísimo roce de sus bucles de oro. En torno mío flotó un perfume semejante al de las azucenas...

No salía de mi sorpresa cuando el Niño Jesús desapareció de mi lado y entonces vi, ¿qué vi? Al mismo rey Baltasar que posaba su mano morenuca en mi hombro diciéndome con acento cariñoso: "Fin, yo soy Baltasar, el Rey Mago de los humildes, y como tú eres niño campesino, te quiero tanto



**Vi al mismo Rey Baltasar**

cual pudiera querer a la buena vieja Casilda. Toma estos regalillos de Navidad”.

¡Y me llenó las manos de golosinas!

¿Estaba soñando?

No tal. Porque recuerdo muy bien que mientras que todo esto acaecía, oía muy claramente, al través de los ventanales de la iglesia, el canto pausado de los gallos aldeanos que sacudían estrepitosamente sus alas y modulaban entre el silencio de la noche su sagrada onomatopeya mañanera:

“¡Cristo nacioooooó!”

Mas para aclarar cualquier duda, cuando regresábamos a la hacienda referí a Casilda el suceso con todos sus detalles.

—Mira,—díjela para convencerla:—huele mi boca, aún conservo el perfume de las golosinas que me regaló Baltasar...

—¡Cierto! ¡Cierto!—exclamaba la vieja con voz emocionada mientras me olisqueaba sobrecogida con la maravilla—  
¡Cierto! ¡Cierto! Y sus ojos de sencilla creyente me contemplaban admirados como diciendo:

—¡Niño Fin está en olor de santidad!

1913.

N. B.— Este cuento, con la anotación y dedicatoria que hemos reproducido en su encabezamiento, fue publicado por primera vez en “El Nuevo Tiempo Literario”, suplemento de “El Nuevo Tiempo”, año 11, tomo 13, número 5-3822, Bogotá, agosto 10 de 1913, págs. 72-75. Esta primitiva versión fue reproducida literalmente en “Lecturas”, revista mensual ilustrada, vol. 1, N<sup>o</sup> 10, 11, 12, Bogotá, diciembre de 1924, págs. 198-200, y en “El Tiempo” - Lecturas Dominicales, Bogotá, 21 de diciembre de 1958, pág. 3. Una segunda versión, con notables correcciones de estilo literario, fue publicada en el libro “Montañas de Santander”, por Enrique Otero D’Costa, Biblioteca Santander, vol. 5, Bucaramanga, Imprenta del Departamento, 1932, págs. 18-24. En esta nueva edición el cuento va ilustrado con dos dibujos a pluma firmados por Pedro Elías Otero D’Costa, hermano del autor. La versión que hoy publicamos difiere de las conocidas hasta ahora, pues está tomada de la de “Montañas de Santander”, con las correcciones hechas por el autor posteriormente, de su puño y letra, sobre un ejemplar del libro citado. Los dibujos están reproducidos de los originales.